



EUGENIA DE MONTIJO Y LA CAÍDA DEL II IMPERIO FRANCÉS. LAS TRES MUERTES DE UNA EMPERATRIZ

EUGENIA DE MONTIJO AND THE FALL OF THE II FRENCH
EMPIRE. THE THREE DEATHS OF AN EMPRESS

FRANCISCO JAVIER GONZÁLEZ MARTÍN

Universidad de Alcalá

RESUMEN

Eugenia de Montijo es, en su centenario, una figura olvidada, una imagen romántica que participó, según sus oponentes desde Víctor Hugo a Zola, de un sistema o un régimen de opereta, el segundo imperio francés. La noble granadina quiso ganarse la amistad de los franceses impulsando la guerra al prusiano protestante. La amenaza latente y constante que se cernía sobre Francia. A partir de 1856, fecha en que nace el heredero imperial, Eugenia tuvo un cada vez mayor ascendente en la política de su nuevo país. A los pocos días de estallar la guerra franco-alemana, Eugenia es nombrada regente el 27 de julio, el 1 de setiembre Napoleón III capitulaba en Sedan. El dos Napoleón, prisionero de Bismarck abdicaba. El 4 se proclamaba la III República, Gambetta huía de París a Burdeos para seguir la resistencia. Eugenia se exiliaba a Inglaterra. El desastre traería consecuencias de enormes dimensiones no solo a Francia sino a toda Europa, en marzo estalló la Comuna y la guerra civil en París. Eugenia solo miraba hacia su hijo, Napoleón moría de una operación de vesícula al iniciarse 1873, ya viuda, en junio de 1879 moría el príncipe imperial, era el final de toda esperanza para la ex emperatriz.

Palabras clave: Napoleón III, autoritarismo, política romántica, bonapartismo, imperio liberal, Bismarck, guerra franco-alemana, regencia, Sedan, fin II imperio, exilio, Comuna, guerra zulú.

ABSTRACT

Eugenia de Montijo is, in her centenary, a forgotten figure, a romantic image who, according to her opponents from Victor Hugo to Zola, participated in an operetta system or regime, the second French empire. The noble grenadine wanted to win the friendship of the French by promoting war on the Protestant Prussian. The latent and constant threat that hung over France. From 1856, the date on which the imperial heir was born, Eugenia had a growing ascendancy in the politics of her new country. A few days after the Franco-German war broke out, Eugenia was named regent on July 27, on September 1 Napoleon III capitulated in Sedan. The two Napoleons, prisoner of Bismarck abdicated. On the 4th the Third Republic was proclaimed, Gambetta fled Paris to Bordeaux to continue the resistance. Eugenia was exiled to England. The disaster would bring consequences of enormous dimensions not only to France but to all of Europe, in March the Commune and civil war broke out in Paris. Eugenia only looked at her son, Napoleon died of a gallbladder operation at the beginning of 1873, and a widow, in June 1879 the imperial prince died, it was the end of all hope for the former empress.

Key Words: Napoleon III, authoritarianism, romantic politics, Bonapartism, liberal empire, Bismarck, Franco-German war, regency, Sedan, end of Empire II, exile, Commune, zulu war.

A MODO DE PRESENTACIÓN

EN LA ACTUALIDAD, SE CELEBRAN VARIOS ANIVERSARIOS en torno a la historia de Francia y de la España contemporáneas, por razones diversas; de un lado es el ciento cincuenta aniversario de la caída del segundo imperio en la guerra franco-prusiana (1870-1871), referido a lo ocurrido en Sedan y sus significados como exponía en los años 80, José María Jover Zamora, cuando recibíamos sus clases en la Universidad Complutense de Madrid; de otro es el centenario de la muerte de la última emperatriz de Francia (1853-1870), la española Eugenia de Montijo, con lo que ambos asuntos tienden a asimilarse, pero es también el ciento cincuenta aniversario de la muerte de Alejandro Dumas (padre) y el centenario del fallecimiento de Pérez Galdós en España. Ambos aparecen como referentes nacionales -en cada caso- de una historia literaria, que ofrece nuevos planteamientos, si

contemplamos la literatura como fuente histórica y sus diversas influencias¹. Sin duda una cuestión metodológica que abriría otra serie de análisis, al margen de lo aquí expuesto. Así podríamos seguir en un acercamiento o un paralelo entre la cultura histórica francesa y la española más allá de los estudios que en su momento hicieran Jean Descola, Albert Derozier, Bartolomé Bennassar o Jean René Aymes entre otros, para superar las diferencias históricas entre ambos países y muy especialmente tras la impronta napoleónica o bonapartista, que duró más de un siglo sobre todo en España. Antes de hablar de la imagen popular de Eugenia de Montijo en Francia, cabría reflexionar sobre una historia de mutuos recelos entre ambos países, si queremos rescatar del olvido a la que fuese última emperatriz de Francia, para analizar el hecho de cómo ella no solo no pudo ganarse la confianza del pueblo francés, sino que además la quisieron responsabilizar de los fracasos de la política internacional francesa. Se trata de prejuicios anteriores, que nos llevarían a contemplar el desarrollo de la opinión pública, de la evolución de la mentalidad, de las suspicacias seculares en ambos países, desde la guerra de Independencia hasta más allá del franquismo; ya que quizá, nadie recuerda cuando -en plena democracia española- los agricultores franceses tumbaban e incendiaban nuestros camiones de frutas y verduras camino de aquel Mercado Común en los años 80 casi de una forma sistemática. Tal rivalidad histórica ha supuesto un deseo de revisión más allá del nacionalismo y del *chauvinisme*².

Por ambas partes ha existido un recelo y cierto afán de superioridad del vecino del norte respecto del español, mientras éste estaba sumido a su vez en un complejo de inferioridad, en una incomprensión mutua. Un sentimiento que ha ido a soslayar el enfrentamiento entre el europeísmo y el anti europeísmo. que hoy queda diluido en una sociedad pretendidamente global. De manera que ha dejado de tener en cuenta el enfrentamiento vecinal. Tanto es así que, en España, para no herir los sentimientos del país galo, el 2 de mayo que era una fiesta nacional, pasó a ser una fiesta comunitaria desde 1983 para Madrid en exclusiva, como si el resto de España no tuviese que ver con el levantamiento y guerra de independencia³, rebajando su importancia histórica y no como en Alemania, por ejemplo, donde celebran los días 16 al 19 de octubre conmemorativos de la batalla de Leipzig o de la liberación nacional.

Se trata de sentimientos que han quedado un tanto estigmatizados en la cultura

¹Me refiero a la cultura histórica y no de historia o desarrollo histórico para determinar la imagen, la mentalidad, el parecer mutuo entre ambos países, los “por qué” de una rivalidad llena de suspicacias no tanto a nivel oficial como popular.

²Sentimiento nacionalista francés pero circunscrito a los parisienses.

³A nivel personal, cuando he visitado algunas provincias como León, Soria, La Rioja, en todas desde el valle del Tietar a Astorga, desde Haro en Burgos o Agreda en Soria existe una historia oral de los saqueos y represalias francesas en cada localidad, transmitidas generacionalmente hasta el presente.

popular española, a modo de arquetipos nacionales; como exponer por qué el ancho ferroviario ibérico era distinto del *standar* europeo en 1856, cuando se dieron los primeros impulsos para una red ferroviaria nacional. Así, se llegó a comentar que si era distinto nuestro ancho era para evitar una nueva invasión francesa de España, aunque no fuese verdad sin tener en cuenta las razones orográficas.⁴ Lo expuesto puede sonar irrelevante hasta cierto punto hoy, pero no tanto si se suma al nacionalismo imperante en aquel momento, el concepto romántico de honor y dignidad nacional de aquel momento. Hay una historia enfrentada que ha llegado a calar en la opinión pública, desaparecidos en la actualidad, por dos factores psicológicos al menos:

A) De un lado, por los falseados presentismos y buenismos, que hacen olvidar un tanto artificialmente esos elementos seculares de incomprensión mutua, a pesar de los intentos de acercamiento de los hispanistas franceses y la colaboración política.

B) Luego, tales diferencias se han ido superando no solo por el deseo de superar políticamente los inconvenientes de la vecindad histórico-geográfica, sino por el conocimiento mutuo. De esa forma se han ido superando los tópicos y las generalizaciones gracias a una mayor cultura, a la oportunidad de visitarnos.

También ha contribuido al acercamiento entre ambas naciones, una necesaria voluntad de convivencia y búsqueda de intereses comunes. Sin duda, la época de Eugenia de Montijo se encuentra en ese pleno desconocimiento popular entre ambos países, una distancia mental a pesar de nuestra proximidad geográfica y la alianza política, pero dentro de un retorno a los ideales bonapartistas. Así, a pesar de la estampa pintoresca de España, atractiva, desenfadada e incluso, a veces, de admiración sobre la presunta bravura e indomabilidad de sus habitantes que había proporcionado la literatura de viajes tan en boga entonces, existe por otra parte esa idea de superioridad como expresaba Sarrailh un tanto condescendiente o paternalista en su *España Ilustrada de la última mitad del siglo XVIII* exponiendo que al fin y al cabo la ilustración era un instrumento francés de regeneración para España, ya que la ilustración española era deudora de la francesa, en la medida en que aquella estaba debajo de esta.

⁴Una anécdota podría ilustrar esta rivalidad histórica franco-española, posiblemente de vecindad, al igual que nos ha ocurrido con Portugal, si bien al revés. Me refiero a los abucheos de los franceses contra Alfonso XII en 1883 a su paso por París, tras declarar su apoyo a Alemania, en una gira europea... insultos que hicieron que el ayuntamiento de Lijar declarase por su cuenta la guerra a Francia, naturalmente sin consecuencias. Pero el malestar en España era general, si bien en distinto grado como podemos suponer.

El testimonio de los ilustrados no siendo el mismo que el de los viajeros dejó un marcado interés, más allá de lo folclórico desde Víctor Hugo y Alexander Dumas a Prospero Mérimée. Éste, que frecuentaba la amistad de Eugenia, encontró un cierto parentesco entre su *Carmen*, y la propia emperatriz, una imagen mundialmente famosa por la ópera de Bizet. España daba una imagen controvertida: de país salvaje, exótico, pobre, mal administrado, con una historia llena de grandeza, respecto de un país que por el contrario era rico, parecía alcanzar la cima de su influencia y protagonismo en Europa; algo que el mismo bonapartismo quería proporcionar como en sus mejores tiempos. De ahí, que la granadina Eugenia de un lado parecía proceder de aquella España romántica y un tanto salvaje. Era difícil que fuese asimilada e incluso querida por el pueblo francés. Eugenia procedía de los más altos linajes de la nobleza española, al estar emparentada con la casa de Alba y por tanto con la grandeza de España. Pero ella era en Francia una extranjera, conocida con el sobrenombre despreciativo de “*la Bandiguette*” o la aventurera. Era un pseudónimo usado sobre todo por los opositores republicanos y los sectores revolucionarios tradicionales, que se hizo popular para hablar del ex carbonario, conspirador, intrigante, mujeriego Luis Napoleón, en honor al masón que proporcionó la ropa de albañil con la que huyó Luis Napoleón del fuerte de Ham, tras una fallida intentona golpista, en mayo de 1846.

El propio Emil Ludwig pone en boca del canciller von Bismarck los mayores elogios hacia la emperatriz, a modo de *gentleman*. El canciller elogiaba su inteligencia y hermosura, pero sus virtudes “no se correspondían con el pueblo francés”⁵ que Bismarck a su vez despreciaba y concretamente al parisino. Sabía que había un amor no correspondido. Lo que no quita para que el prusiano defendiese sus intereses en el momento preciso. Otros como von Moltke en sus *Memorias* sobre la guerra franco-alemana, ni la nombra siquiera. De esa manera también aparecía como una aventurera que alcanzaba el trono de Francia. Para ellos representaba una ultramontana, una católica radical⁶, cuya vehemencia condicionaría en exceso la política del ambicioso pero titubeante y contradictorio Luis Napoleón. Un hombre de una psicología compleja: autoritario en apariencia, culto, socialista utópico, proclive a las necesidades sociales, voluble, erótomo, amante

⁵LUDWIG, Emil (1979) *Bismarck. Historia de un luchador*. Barcelona. Juventud, p. 113.

⁶Eugenia fue uno de los primeros avals de Bernadette Soubirous, la pastora de los milagros de Lourdes. De hecho, en cierta ocasión en que su hijo cayó enfermo, Eugenia rezó a la Virgen de Lourdes y el príncipe curó. La vida de Eugenia está llena de profecías y pasajes de naturaleza parapsicológica en este sentido. Sus biógrafos mezclan tanto admiración como crítica a lo largo de los dos últimos siglos como MAUGET, Irénée (1909), *L'imperatrice Eugénie* Paris. Librairie Ollendorff; AUBRY, Octave (1931) *L'Impératrice Eugénie*. Paris. Flammarion; BRETON, Guy (1972) *Eugénie y sus sucesoras*. Barcelona, Bruguera; SMITH, William (1990), *Eugénie de Montijo*. Madrid. Espasa Calpe; CHAUVEL, Genèviève (2001) *Eugénie de Montijo*. Barcelona. Planeta-DeAgostini; DES CARS, Jean (2003) *Eugénie de Montijo. la última emperatriz*. Barcelona. Ariel; MICHELET, Maxime (2020) *L'Impératrice Eugénie. Une vie politique*. Paris. CERF.

del lujo, de las grandes fiestas cortesanas, con un singular afán de protagonismo. Natacha Molina, expone como el propio hijo de la emperatriz, Eugenio-Luis Napoleón con siete años, tras una pequeña regañina e influido por el boato y la cultura cortesana de aquella corte de opereta replicaba a su madre, reprochándola su españolidad: “¿Por qué no sois más francesa?”⁷.

Su imagen iba a ser paradójica. Fue una mujer que ambicionaba protagonismo político, que amaba Francia sinceramente y a sus dos Napoleones, sin ser correspondida ni por uno ni por otro, como se merecía, al menos. En cierto modo para el pueblo francés era mezcla entre una nueva Ana de Austria y una María Antonieta, solo que aquella española era en la realidad más sosa e intrigante y menos agraciada, mientras que Eugenia poseía por su belleza una presencia o un porte de mayor majestad y una personalidad más preclara, destacando por ser una mujer culta, inteligente, mecenas y protectora de las artes. No en vano desde su llegada a París de manos de su ambiciosa madre Manuela, ya conocía a Stendhal y Merimée desde 1850.

Estas relaciones la ayudaran a alcanzar la corte. Eugenia no era Ana de Austria, pero tampoco la sensual y lisonjera Teresa Cabarrus de padre afrancesado como Eugenia⁸ ni una María Antonieta. Esta última, “la austriaca”, representaban aquella mujer, que no servía para reina, cuando se dispuso a serlo era tarde, pues hablaba más de la cuenta y dio una imagen que no se correspondía con la realidad de su vida cortesana y privada; lo que, sin duda, como pensaba su hermano el káiser Leopoldo, ayudó sin querer a su propio fin, según expuso Stefan Zweig en su biografía. Eugenia quería gobernar, su destino era ese. El temperamento de Eugenia no se correspondía con ninguna de ellas. Desde el principio, apoyó las empresas de su marido de manera firme, haciéndolas suyas para mayor gloria de Francia, a la que juró servir, sin olvidar su primera patria, consciente de su responsabilidad como emperatriz, aunque fuese consorte. Ella buscó el prestigio de Francia desde la Guerra de Crimea (1853-1856) y la aventura de la Conchinchina (1858-62) hasta el mismo conflicto franco-prusiano. Estas empresas alternaron victorias y fracasos como la expedición a Méjico (1862-67), intentando conjugar los intereses de Francia con el imperio católico de Francisco José. Si bien, unos años antes

⁷MOLINA, Natacha. (1978) *Eugenia de Montijo*. Madrid. Circulo de amigos de la Historia, p. 136.

⁸Su padre era Cipriano de Palafox y Portocarrero e Idiaquez, conde de Montijo y Teba duque de Peñaranda, hermano del famoso “tío Pedro” del motín de Aranjuez al lado de Fernando VII, con grandeza de España, que luchó junto a José I Bonaparte, afrancesado y masón. El apellido Palafox no debe confundirnos, no tiene que ver con el héroe de la resistencia de Zaragoza, José de Palafox y Melci. Citado por James FITZ-STWARD y FALCÓ, duque de Alba, el 15 de julio de 1941 en *The Ark*, siendo embajador español. Véase file:///C:/Users/Javier/Downloads/la-emperatriz-eugenia%20(1).pdf

ese viejo deseo de la política napoleónica de emancipación de las nacionalidades había impulsado a Napoleón al enfrentamiento bélico (1859) con el imperio Habsburgo, en defensa de la unidad italiana e incluso después llevó a otro extraño acuerdo con Bismarck, en octubre de 1865, para arrancar el Veneto a Austria y darla a la emergente Italia, en tanto resultado de la guerra austro-prusiana de 1866. Además de Italia, Prusia saldría beneficiada por ser el país victorioso y el donante de esta región, pero Francia no iba a sacar nada, por lo menos de forma inmediata.

Eugenia se opuso, en la certeza de que defender la unidad de Italia significaba abandonar al Papa, además de alimentar el distanciamiento con la católica Austria, que tuvo que combatir en dos frentes en la guerra de las siete semanas. Cabría expresar que el miedo al desacierto en ella servía de estímulo a la duda en él; quizá en la creencia de que en el riesgo estaba el éxito, siguiendo el viejo adagio latino *Audaces fortuna iuvat*, para mantener vivo ese protagonismo... La idea de que Francia y él estaban unidas a un destino glorioso, una herencia sin duda de su imperial tío, Napoleón el Grande, cuya época trataron de resucitar.

Eugenia fue regente en varias ocasiones 1859, 1865 y 1870, pero no dominó el peso de las circunstancias ni pudo sacar una experiencia de gobierno que la avalase lo suficiente, al menos, para soportar la peor crisis de la historia de la Francia contemporánea. Su cultura política es difícil de determinar, borrando el tópico de que una mujer bella no puede ser inteligente, y viceversa. En la complicidad de aquel matrimonio, que no lo fue por interés, sino por amor. En él, ella representaba la voluntad, el motor de toda acción. Eugenia era culta e inteligente, pero no pudo contener la avalancha de sucesos que se le vino encima. Sin duda una crisis de tales consecuencias tenía una culpa compartida; sus experiencias como regente fueron cortas, en medio de unas circunstancias muy diferentes. Magenta no fue Sedan. Además, cada una de las veces que se puso al frente del Consejo, no llegaron a mes y medio⁹ y no supo frenar el fin de un régimen deteriorado y contradictorio, al que le fallaban sus fundamentos. La derrota de Sedan desnudó las deficiencias del sistema e hizo estallar sus contradicciones, semejante a lo que ocurriría con el 98 español.

El giro de la historia no la favoreció como mujer de Estado. En ese sentido era comparable la relación entre el débil Nicolás II y la fuerte personalidad de Alejan-

⁹La primera de ellas fue con motivo de la intervención militar de Francia en Italia, pero Napoleón no se pondría al frente del ejército hasta las vísperas de Magenta el 4 de junio. El 23 día de Solferino todo había acabado, ya que el tratado de Villafranca se firmó pocos días después. La regencia se limitó a disfrutar las mieles del triunfo. La segunda fue con motivo del viaje de Napoleón III a Argelia entre mayo y junio de 1865, solo unas semanas y no había problemas de envergadura a cubrir. Quizá ninguna de ellas aportó una experiencia para contener lo que acontecería entre el 27 de julio y el 4 de setiembre de 1870. SMITH, William (1990), *Eugenia de Montijo*, Madrid, España, pp. 100-105.

dra; salvando las distancias. Si no fuese por que Nicolás era fiel a su esposa y un buen padre para sus hijos mientras Napoleón era un adúltero compulsivo. Ambas parejas regias tuvieron un final trágico, pero si en el de Nicolás y Alejandra las consecuencias de su reinado no se hicieron esperar, para Eugenia y Napoleón, fue un destino distinto, algo mas inesperado. Ciertamente, en ambos casos la fallida política exterior se tradujo a malestar en el interior, al igual que aconteció en otros sitios como en la Italia de Crispi en 1896. tras Adua. Eugenia se vio influida por esta dualidad que alcanzaría su vida privada.:

1) En tanto emperatriz, desde su estatus o su condición política, es decir desde sus obligaciones y deberes, pero en tanto consorte entre un estado autoritario y un deseo de democratización, de liberalización, del que parece enemigo, en defensa de su patriotismo.

De aquí, derivan críticas a su exceso de celo, extralimitación de funciones o simple contraste entre dos caracteres uno abierto, espontáneo, vehemente y otro taciturno, débil y contradictorio y hedonista en exceso.

2) Como mujer en un mundo de hombres¹⁰, donde convivieran Ollivier, Gramont, Gambetta, Benedetti o el propio Otto von Bismarck, aunque pueda sonar tópico, sobre todo desde la óptica presente, al margen de toda ideología de genero naturalmente¹¹. Algo que yo no puedo compartir, dado que no debemos exportar nuestra visión actual sobre aquella sociedad y sus valores. Cabe situar el papel de una mujer -no francesa- en la política nacional

3) Por último, ella fue testigo del final de la dinastía Bonaparte en Francia; pues, tras la prisión de su marido en Alemania, habría de sumarse la muerte del propio Luis Napoleón en su post-operatorio en Londres, a escaso año y medio de la derrota de Sedan. Luego, vendría la muerte del propio heredero, Luis Napoleón Eugenio, no en la batalla de Isandlwana que se produzco el 22 de enero de 1879, sino en una emboscada posterior, el primero de junio de 1879, en la llamada segunda guerra anglo-zulú. Una guerra que beneficiaría a otros sin duda.

El príncipe estaba deseoso de resucitar las hazañas de su tío abuelo. Pero participó en un conflicto, en el que la Gran Bretaña tenía gran interés por situarse

¹⁰Similar a la suerte de Isabel II de España, que tampoco pudo gobernar, y paso a ser objeto de chanzas y burlas despiadadas, caricaturizándola de ninfómana, igualmente en un mundo de hombres y espadones.

¹¹Cfr. por ejemplo Aula de Verano (2010). *Isabel II y la mujer en el siglo XIX*, Madrid. Ministerio de educación, ejemplo de una mujer que no pudo reinar, en este sentido el discurso de Prim del 11 de junio de 1870 fue considerad un poco injusto.

en el *hinterland* de su expansión natural hacia el sur, para unir el ferrocarril y el telégrafo entre el Cairo y el Cabo. De manera que quedaba todo su territorio entre el Nilo, el Mar Rojo y la India. Aquí, trataré de exponer y analizar, si cabe las distintas muertes que tuvo que padecer la española convertida en emperatriz consorte de Francia Sin duda Eugenia no tuvo un solo un final como persona, ella vio desaparecer o morir en su rededor no solo su imperio y sus seres queridos, sino el final irreversible de una época. Un momento que hacia recordar esa idea calderoniana de que la *Vida es sueño*. A partir de la muerte de su único hijo, del que hubiera sido Napoleón IV, Eugenia tuvo que limitarse a contemplar la vida y los sucesos como si estos constituyeran parte de una película en la que ella solo podía mirar, su participación en la historia había pasado ya. En su *Diario íntimo* llega a escribir un año antes de fallecer:

“Tengo más de noventa y tres años y estoy cansada de este largo errar por un mundo que se vacía. Solo vislumbro sombras, y yo misma me estoy convirtiendo en una sombra más”¹².

Atrás quedaba el boato y esplendor de la inauguración del Canal de Suez en 1869, al son de las trompetas de la Marcha triunfal de la *Aida* de Verdi. Su muerte casi centenaria supuso una liberación, un fenómeno parecido al de otra mujer desgraciada: Isabel de Baviera, la legendaria Sisi, al ser apuñalada en Ginebra en 1898. No llegó a ser su caso el de la bávara, pues, Eugenia no fue presa de ninguna maldición conocida sobre su familia; a pesar de que su destino fuera pronosticado por alguna vidente; Cristina Morató la incluye en su libro *Reinas malditas* (2015).

Eugenia además de su marido y su hijo, tuvo que padecer la muerte por tuberculosis en 1860. de su muy querida hermana Paca. Es decir, María Francisca, consorte de Jacobo Fitz Stuart, duque de Alba y que hubiera sido duquesa de Alba de haber sobrevivido a su esposo, lo que no ocurrió. Tras la desaparición de sus seres queridos, Eugenia pasó cuarenta años de luto riguroso contemplando el paso del tiempo sin interferir en la política de Francia. El mundo que llegó a conocer se derrumbó. No había vuelta atrás. Pocas semanas después de salir de Francia para el exilio estalló la rebelión de la Comuna, el 18 de marzo, bautizada como *Guerra civil* por Marx y Engels, en plena primera Internacional obrera. El hecho obligó a clausurar sus asambleas de forma precipitada, aunque los hechos se limitaron a París¹³, el efecto fue tremendo con más de 100.000 víctimas. Su recuerdo permanecería años. La Commune supuso el broche de oro a la catástrofe

¹²Citado por CHAUVEL, Genèvieve (2001) *Eugenia de Montijo* Barcelona. Planeta-DeAgostini, p. 14, si bien no se ha encontrado el citado *Diario íntimo*.

¹³Oficialmente París es el epicentro del movimiento *communard*, pero Louis FIAUX, *Guerre civile de 1871*, G Charpentier ed, París. 1879, añadió alteraciones en otros puntos como Lyon, Burdeos, Marsella, pp. 245 y ss. Sobre la sociedad francesa en vísperas de la Comuna ver los últimos

de la guerra con Prusia, y el renacer de los terrores revolucionarios. El aparente bálsamo de *La belle époque* y la filosofía de ese mal de “*fin de siècle*” combinaron el espíritu de decadencia con el auto-análisis de la culpa; ambos vinieron a esconderse entre los sonos estrepitosos del *Can Can* de Jacques Offenbach, dentro de los cambios gigantescos de una sociedad llena de contradicciones, de manos de la segunda revolución industrial. El triunfo de la sociedad burguesa quedó patente en la consolidación de la III^o República.

El hecho de que el conservadurismo de Thiers o McMahon, los artífices de este nuevo régimen, parecía haber proporcionado esperanzas a los monárquicos, quizá por que ellos eran conservadores y habían sido prohombres del imperio, pero no era más que un espejismo¹⁴. En 1881 las elecciones dieron el triunfo a los republicanos radicales, la división del país sería una realidad. Los principios de la ilustración y de la revolución exaltaron a aquellos nuevos burgueses a favor de un estado laico, arremetiendo contra el resurgir de la vieja Francia, la católica, conservadora y tradicional. Como fue al tomar como pretexto el comienzo de la construcción de *el Sagrado Corazón*, para conmemorar a los caídos en la guerra franco-alemana y las víctimas de la comuna. Divisiones que parecían invitarla a volver y encabezar a la Francia católica, pero sin fuerza moral ya ni apoyo. En 1902 ganaría la coalición republicano-socialista, recrudeciendo la pugna entre clericalismo y anticlericalismo provocadas por Clemenceau, Combes o Waldeck-Rousseau. Ya no cabría ninguna posibilidad de volver a un régimen monárquico.

Aunque legitimistas y bonapartistas convivieran y fueran hasta numerosos, la república fue encorsetando a toda Francia en una única razón de ser, mal que bien. La separación Iglesia y Estado marcó un difícil equilibrio dentro de un espíritu laico, un estado unitario, heredero del espíritu jacobino de la revolución. Una unidad un tanto artificial, como luego se mostraría con el affaire Dreyfus (1894-1906) y los escándalos económicos que jalonaron su desarrollo, dividiendo a la clase intelectual y la opinión pública como denunciara Julien Benda años después en su *Trahison des clercs* (1927). Una división no superada hasta el final de la Segunda Guerra Mundial y la presidencia de la V república con el general De Gaulle. Como aconteciera en los Estados Unidos tras la guerra de secesión (1861-65) al imponerse el Norte industrial sobre el sur agrario el país cambiaría sustancialmente, se reimpulsaba la unidad territorial con la expansión hacia el Oeste, por medio del ferrocarril. Eugenia veía estos avances que salpicaban a todo occidente. En otros países se producirían cambios sustanciales, como

capítulos de CHAVES PALACIOS, Julián; LÓPEZ MORA, Fernando (2013), *El Segundo Imperio francés (1852-1870)*, Córdoba, Universidad de Córdoba..

¹⁴MAYEUR, Jean Marie (1989) *La troisième république*. Paris. Pont Du Seuil, p. 17.

expondría Lampedusa acerca de las transformaciones ocurridas en Italia en su obra cumbre, el *Gatopardo*, con la unificación se pondría de manifiesto, algo más que un cambio generacional; especialmente patente en la nostalgia del príncipe Fabricio Salina que contemplaba como su viejo mundo aristocrático va siendo reemplazado por otros valores, otra forma de ser emergente.

Así tanto fuera como dentro de Francia el mundo pasaba a una nueva dimensión, a otra y muy distinta realidad política, el final del romanticismo y la aplicación de una política pragmática. La Alemania de Bismarck era el nuevo árbitro dentro de la llamada *realpolitik*, una edad de paz y de prudencia, si bien también de equilibrio precario, basado en un nuevo derecho internacional dentro de una era materialista basada en la fuerza, en desigualdades, pero cuyo auténtico perfil sería diluido por los colores del Moulin Rouge o le Folie Bergère hasta el estallido del *Gross Bertha* y de nuevo el eco rítmico de las botas germanas sobre París, que como sabemos, no sería la última vez.

II. ANTECEDENTES DEL DESASTRE DE 1870. SADOWA Y SUS CONSECUENCIAS.

Antes de que estallase la cuestión sucesoria en relación con la candidatura al trono de España de Leopoldo de Hohenzollern y el telegrama de Ems, como *leit motiv* o *casus belli* del conflicto franco-alemana de 1870, cabe exponer que el marco general de las tensiones franco-prusianas se remitía a 1866, es decir al impacto que tuvo la derrota austriaca frente a los prusianos en Sadowa-Koniggratz, el 3 de julio en la guerra austro-prusiana, un suceso que abre la influencia prusiana a toda centro-Europa, .

Un viejo imperio que parecía reposar en los laureles gloriosos del pasado, una potencia de reconocido prestigio de no ser por su derrota en Solferino, era batida y humillada por completo por un país, relativamente nuevo. El significado de esta batalla es tan importante como el que después alcanzaría, para Francia, el trágico nombre de Sedan. El tradicional imperio austro-húngaro pasaba definitivamente a un segundo plano y abandonaba el arbitraje sobre los estados germanos de la Confederación del Rin y necesariamente el de centro-Europa, si no fuera porque Bismarck recuperaría la amistad en una futura “alianza nibelunga” en la creación de la Liga de los tres emperadores (1872) inicio de sus sistemas de control de la paz. Un compromiso para restablecer el status quo en el corazón de Europa, germen de su sistema diplomático posterior. Pero, lo cierto es que el descenso de Austria viene dado por el ascenso de Prusia. Podemos asegurar casi que la decadencia de Viena vendría dada por la derrota, del mismo modo que la *belle époque*, nace del desastre de 1870, como fenómeno genérico es consustancial a

la decadencia de Francia, estableciéndose una especie de reclusión, de repliegue sobre si mismo. Así pues, 1866 es un año clave para:

a) Las relaciones internacionales y especialmente para las relaciones entre Prusia, Francia y Austria.

En *Les origines diplomatiques de la guerre de 1870-71*, se parte por ejemplo de octubre de 1867¹⁵. Guy Breton expone algo similar en el tomo X dedicado a Eugenia de Montijo de su *Historias de amor de la Historia de Francia*. Tomo X¹⁶, asimismo Javier Rubio en su memorable *España y la Guerra de 1870*¹⁷ igual. La derrota de Sadowa ponía en jaque la futura conducta de los estados alemanes en general y los del sur en particular, católicos e históricamente influidos por Francia desde época napoleónica. Baviera, Baden, Wurtemberg en el antigua Palatinado y Hesse que por conciencia o conveniencia vieron la necesidad de ser alemanes sobre todo y abandonar las viejas veleidades francófilas.

b) La emperatriz que quiere desquitarse de la fallida empresa mexicana¹⁸, por la que había perdido reputación y veía el momento de recobrarla; al tiempo que, dolida por haber dejado a la católica Austria a su suerte frente al prusiano; buscaba a su vez, el momento de redimirse por un lado ante ella... ¿Si lo hacía, también iba a recuperar el amor de su pueblo, cuando la nación francesa nunca la había aceptado del todo?

Ponerse del lado de su fe católica parecía oponerse al prusiano protestante y de paso ganarse a todos los demás: al pueblo francés en primer lugar, a su marido, a los austriacos y a los italianos. Difícil cuestión, porque ganarse a los italianos no era ganarse al Papa, que se consideraba preso en el nuevo estado y viceversa. Para ser emperatriz consorte, sus responsabilidades parecían quedar en unos límites que no le daban demasiado margen de maniobra, y si los rompía, parecía excederse de sus funciones. La cuestión estribaba en si necesitaba mas poder o una mejor consideración por sus allegados para alcanzar sus objetivos.

¹⁵En concreto el tomo I va del 16 de octubre al 9 de diciembre. Se trata de una gran colección de 29 volúmenes que culmina el 14 de agosto de 1870. Ministerio de Asuntos Exteriores. *Origines diplomatiques de la guerre de 1860-71*. Paris. 1913-1932, 29 volúmenes.

¹⁶BRETON, Guy (1972) *Eugenia y sus sucesoras*. Barcelona. Bruguera. Tomo X.

¹⁷RUBIO, Javier (1989) *España y la guerra de 1870*. Madrid. Biblioteca Diplomática española. 3 vols.

¹⁸ Todavía resulta un sugestivo acercamiento al Imperio mexicano y la ayuda francesa la obra de LUCA DE TENA, Torcuato (1990), *Ciudad de México en tiempos de Maximiliano*, Barcelona, Planeta.

c) A Prusia se la tenía miedo, era el enemigo secular desde la derrota de Rossbach en época de Federico el Grande, y otro eco del odio heredado de la época napoleónica; a partir de 1866 su influencia, poder y capacidad de expansión volvían a poner en peligro las fronteras del Rhin.

Por lo que Napoleón buscó el apoyo y alianza de los países francófonos Bélgica y Luxemburgo¹⁹. Es muy posible que, en Francia se pensara que, tras lo ocurrido en Sadowa, sería necesaria hacer algo, pues de lo contrario, ellos serían los siguientes²⁰.

El *status quo* quedaba amenazado por la potencia emergente, porque cabe entender qué si “el imperio era la paz” para un Napoleón III, que no estaba en sus plenas facultades, según sus contemporáneos, ésta se debía fundamentar en la hegemonía francesa sobre Europa y tal supremacía estaba en juego. Ahí coincidían Napoleón y su esposa Eugenia, si bien en distinto grado o desde distintas posiciones: para la consorte si la seguridad se basaba en la hegemonía de Francia, esta a su vez descansaba en la unidad católica, en la confesionalidad como ideología de unión de intereses. La cesión del Veneto a Italia, pactada por Napoleón y Bismarck en Biarritz era sobre todo un pretexto del segundo para ganarse la neutralidad del primero, mientras Napoleón aplicaba el principio, la defensa de las nacionalidades, según sus acuerdos entre el 4 al 12 de octubre de 1865, completando la unidad italiana, en caso de victoria prusiana en la guerra austro-prusiana hizo realidad el acercamiento italo-prusiano mas que el franco-italiano. El vencedor era Prusia e Italia parecía sentirse más segura con el nuevo arbitro, un país sino joven en vías de renovación como la propia Italia.

Con lo que ambos arbitrajes el francés y el prusiano tendían a enfrentarse. Se hacia patente de igual modo, que la amenaza sobre Francia ya no procedía del oeste, como expusieran Alfred de Musset y Lamartine, el enemigo estaba situado en el este. El propio Alejandro Dumas padre, escribía *La terreur prussienne* (1869) pocos meses antes de morir, y de comprobar como entraban en Francia y concretamente en su localidad natal. Napoleón y la generación de políticos en su rededor Benedetti, Thiers, Gramont entre otros muchos, acusaban la alteración del equilibrio europeo ante una Prusia emergente. ¿Por qué, si resulta que estamos en pleno auge de las nacionalidades, de cambios de fronteras?

¹⁹RENOUVIN, Pierre (1989) *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid. Akal, p. 280, y WAWRO, Geoffrey. “La senda de la guerra. Bismarck, Napoleón III y los orígenes de la guerra franco-prusiana”. Zaragoza. Asimismo, VV. AA. *La Guerra franco-prusiana*. (I) *El ocaso de Napoleón III*, Desperta Ferro, nº 13 (2014), pp. 12-13

²⁰WELSCHINGER, Henry (1891) cita en este sentido una conversación entre el ex cónsul americano, Mr. Schulz en Madrid con Bismarck en un encuentro en Berlón, donde el canciller le expone que “llegara el turno a Francia, si tendremos una guerra, pero nos la proporcionara el mismo Napoleón”, en *La guerre franco-allemande. Causes et responsabilités* Tome I, p.1.

Aquel temor a que una potencia pusiera en peligro la paz o el equilibrio europeos era en parte una falacia, porque -al fin y al cabo- era el signo de la época. La misma unidad italiana era una alteración del equilibrio, pero naturalmente era una creación italo-francesa. Lo ocurrido en los Balcanes entre 1848 hasta la guerra de Crimea incluida era otra alteración. Creer que Prusia era un obstáculo para la paz era una aprehensión que iban a experimentar los estados germanos inicialmente respecto de Francia. La crisis del Rhin acaecida en 1840 se recrudecía. Los años 60 iban a ser especialmente conflictivos en el ámbito de nuevas tensiones. El caso italiano era uno de estos fenómenos, como señaló Adolph Thiers en un discurso ante el Cuerpo Legislativo en 1867 al “Haber ayudado a crear al otro lado de los Alpes una poderosa nación de 23 millones de habitantes potencialmente era un error”²¹. El mismo Napoleón en la primavera de 1870 reconoció ante el ministro Malmesbury que había cometido un gran error político, contribuyendo a la fundación de un importante reino mediterráneo²². Italia constituía en verdad, en los años anteriores a la guerra de 1870, un apreciable foco de potencial inestabilidad en Europa, y concretamente para Francia, quizá más aún por su proximidad geográfica, su vecindad. La nueva potencia era una importante fuente de preocupaciones, especialmente entre Eugenia y Napoleón, ya que se había hecho a expensas de la llamada cautividad babilónica de la Iglesia, desde el momento en que las tropas piemontesas entraron por la Porta Pia el 20 de setiembre de 1870, ya que los soldados franceses evacuaron Roma cuando estalló el conflicto franco-alemán.

A continuación, tuvo lugar el apartamiento y el *ralliement catolitique*, y presentando el tema de la unidad como un conflicto entre el mundo laico sobrepuesto al católico, al margen de la catolicidad de los italianos, máxime cuando eran los días del gran Concilio. Al solicitar Napoleón a Bismarck la devolución del Veneto a Italia en octubre de 1865, parecía que el francés buscaba compensar los errores del pasado, pero lo que hizo fue abrir la vía diplomática prusiana hacia el sur. Poco mas tarde sería Bismarck el que trató de controlar el emerger del estado italiano, creando una alianza que llevaría a ampliar el *status quo* de centro-Europa al Mediterráneo, creando el tratado de reaseguro más tarde.

La temática de estos comportamientos era paradójica: si la ayuda a Italia había producido la anexión de Saboya y la Provenza a Francia, era porque Napoleón no

²¹”*Memoirs of the empress Eugenie. Compiled from stratements, private documents, and personal letters of the empresss Eugeénie. From conversations from the emperor Napoleon III and From familiy letters and papers of general Fleury. M Franceschini Pietri, prince Victor Napoleon and other members of the court of the Seconde Emprie*, Vols. I y II. D. Appleton and Company. New York. London 1920 Javier Rubio, *España y la guerra de 1870*. Madrid. Biblioteca Diplomática, Tomo II, p. 164. Cfr también RUBIO, Javier (1989), Op cit., p. 609.

²²GUERARD, Albert (1943) *Napoleon III.*. Harvard Press University. Massachussets, p. 372.

deseaba un estado demasiado poderoso al Sur de su frontera, y sin embargo sobre el principio de las nacionalidades para completar la unidad concedía el Veneto a Victorio Emanuel II, si ganaba Prusia a Austria. ¿De haberse producido lo contrario, el Veneto hubiera quedado en el seno de Austria, violando el principio de las nacionalidades que decía defender el emperador francés o hubiese habido otro conflicto? ¿Hubiese ido otra vez a la guerra contra la católica Austria, y consiguiendo la neutralidad de Prusia en consecuencia? Quizá Prusia se hubiese negado. El caso es que, en plena crisis de México, negativa para las relaciones austro-francesas, Napoleón solicita de Bismarck, completar la unidad italiana en detrimento de Austria. Y si esta política era para recabar prestigio, fomentar la hegemonía de Francia, sobre una paz duradera, estaba claro que, crearse enemigos no era el camino. Si Italia había puesto de manifiesto la vulnerabilidad del equilibrio, el conflicto austro-prusiano iba a acentuarlo.

Prusia y Austria tenían asuntos pendientes de 1848-1850 por su rivalidad para dirigir la Confederación Germánica, asunto que se recrudece en la década de los sesenta, especialmente tras el acceso de Bismarck a la cancillería prusiana. Aunque actúen de común acuerdo, si Austria interviene en este asunto es porque no desea que Prusia sea la única beneficiaria, Viena aún se cree la potencia de mayor peso e influencia en los estados germanos y pretendía aprovecharlo. La iniciativa prusiana debía ser vigilada, especialmente al querer prolongar el espíritu de Olmutz (1850) por el que se había obligado a Prusia a retirarse en un conflicto en el seno de la Confederación²³.

La retirada de las fuerzas prusianas fue considerada una humillación, pero entonces Austria tenía la fuerza y el prestigio, nada se podía hacer. Derrotada Dinamarca en el conflicto de los ducados de 1864, aun hubo un convenio en Gastein el 14 de agosto de 1865, de carácter provisional, por el que ambas potencias se repartirían Schleswig-Holstein y Launemburgo. Así que, las ambiciones de Dinamarca sobre Schleswig-Holstein entre 1850 al 1864 también suponían otra violación del citado equilibrio o paz europeos. Tanto Bismarck como Francisco José se ampararon en los acuerdos de Londres para intervenir en la guerra de los ducados (1864) defendiendo el *estatus quo* en centro-Europa. Al mismo tiempo ambos monarcas, inicialmente, aseguraron o pretextaron la autonomía de los ducados respecto del rey de Dinamarca, así como la defensa de los principios de la Dieta de Franckfut, los protocolos de Londres y los mencionados acuerdos de

²³La llamada afrenta de Olmutz, por la que Austria en 1849, entonces más fuerte que Prusia invitó a su futura rival a abandonar la Unión de Erfut y dejar a la Confederación del Rin bajo la influencia de Viena, los conflictos internos dentro de la renacida Confederación como el surgido entre Hesse y Baviera, serían resueltos por Austria no por Prusia, a la que se invito a replegar sus fuerzas desplegadas. RENOUVIN, Pierre (1989) *Historia de las relaciones internacionales*, Op cit.,, p. 280.

Olmütz (1850); cuestión que se convertiría en la razón del enfrentamiento austro-prusiano de 1866.

Bismarck había maniobrado hábilmente y calibrado el peso real de la dieta de Franckfurt o lo que es lo mismo de la Confederación del Rin, después Prusia se apropió de los ducados, pero no importaba, ellos habían proporcionado la razón de ser del equilibrio. Bismarck llevó a cabo una doble tarea: De un lado, inducir a la opinión pública en los ducados contra la ocupación austriaca, usando la prensa, al tiempo que proponía en la primavera de 1866 a la Dieta de Franckfurt la reforma del pacto Confederal de 1815, intentando relegar la influencia austriaca. Austria, al verse postergada y humillada, declaró la guerra el 14 de junio a Berlín, produciéndose la guerra de las siete semanas. En la semana del 3 al 6 de julio es totalmente derrotada en Sadowa-Königgratz, Bismarck se apresuró a una paz rápida, cumplidos sus objetivos, en Praga el 23 de agosto. El ejército prusiano se mostró muy superior en armamento gracias al fusil de retrocarga y aguja Dreyse frente al mosquete de avancarga que aún usaban los austriacos, sin contar con la superioridad del armamento medio y pesado Krupp o capacidad de maniobra, movilización y coordinación entre los distintos puntos de guarnición. Se trataba de demostrar quien mandaba, pero sin aplastar al rival, mantener una línea suficiente de entendimiento, que Bismarck utilizaría a su favor, a la par que llevaría a cabo una política de condescendencia para su nuevo aliado, desde 1872. Sadowa significaba muchas cosas:

- 1) El dominio diplomático e influencia política prusianos no solo sobre la Confederación sino en toda centro-Europa;
- 2) Relegar a Viena en un segundo lugar, derrotada dos veces en el espacio de una década apenas, siendo objeto de su propia decadencia. Una situación similar a la que le ocurriría a Francia tras Sedan en 1870, sin embargo
- 3) Bismarck actuaría de forma que el deseo de desquite de su rival no tendría lugar, al no abandonarlo no le dejaría recluírse aislado para que se lamiera sus heridas, sino que haría una política de atracción de cara a una futura alianza, otorgando un trato de favor...
- 4) La aparición de una potencia militar en el norte, cuya influencia llegaría al Rin, al Po, y a las fronteras del Vístula es un hecho incuestionable.
- 5) Olmütz quedaba ampliamente superado o zanjado y
- 6) Si hasta 1866 la Francia de Napoleón III había tenido alguna influencia en el centro de Europa, a partir de este momento, desaparecerían y pasaría a Prusia.

7) Quedaba claro para todos los alemanes que la otra potencia en litigio, que disputaba el eje germano-prusiano en el Rin era Francia. De hecho, los estados germanos se veían amenazados por la política imperial de Napoleón. Pero también era una Francia que en el exterior había fracasado en México y buscaba un golpe efectista para satisfacer su hegemonía o mantener su imagen.

Un país que estaba pasando por un principio de liberalización política y de pérdida de prestigio. Que no podía disimular sus debilidades a pesar de sus apariencias, tanto por la creciente oposición en el interior como por su clara postergación en el exterior. Tanto Napoleón III como Bismarck parecían ser garantes del equilibrio en 1865 pero sería por poco tiempo, ya que el choque no se haría de esperar. Lo cierto es que Napoleón quiso revisar a su favor el tema de las fronteras y el estado de Europa de la Restauración, para retornar a la política de grandeza de antaño, un tema acerca del que el estadista prusiano estaba al tanto y trató de impedirlo. Quizá la única garantía real y legítima de ese *status quo* europeo, por la que ambos estadistas pugnaban entre el Rhin y el Po era precisamente la influencia del tradicional Imperio austro-húngaro. Pues, una vez puesto fuera de combate, pasaba a ser la imagen de lo antiguo frente al moderno estado de cosas. Es decir, una potencia débil que tomaría el aspecto romántico, envuelto en los melódicos vales de los Strauss, la imagen de esa decadencia, disfrazada de idílica ensoñación, cosmopolita.

Un imaginario que un joven Hitler observaría como una mezcla de miseria, grandeza y mestizaje²⁴; un camino paralelo por el que la seguiría la Francia posterior al II imperio tras el desastre en Sedan. Las ambigüedades francesas de la política napoleónica adelantarían ese fin, al margen de los intereses de Bismarck, que más que provocar, aprovecharía los errores de su vecino del oeste. El segundo imperio francés, de hecho, se encontraba en plena efervescencia política... Quizá tanto, que hizo temer a Eugenia lo peor, según Guy Breton²⁵, con una opinión pública dividida, una oposición creciente en el paso del imperio liberal al parlamentario. La ausencia de una política uniforme y enérgica en el exterior redundaba en el interior, Napoleón, después de todo, había hecho el juego a Bismarck, al contribuir de forma decisiva a la victoria de su rival, inconscientemente. A fin de cuentas, Napoleón había hecho surgir el Imperio desde un golpe de Estado, una prueba de fuerza, imitando el famoso 18 de brumario de su tío.

Una circunstancia que motivaría la publicación en 1852 de *El 18 de Brumario*

²⁴HITLER, Adolf (2016), *Mein Kampf*, Madrid. Real del Catorce, p. 17 y también recientemente en KUBIZEK, August (2010) *El joven Hitler que conocí*. Barcelona. Tempus.

²⁵BRETON (1972), Op cit., p. 160.

de Napoleón Bonaparte de Marx y Engels, las críticas de Víctor Hugo y de la clase intelectual comprometida. Pero no era posible otro golpe para autoafirmarse²⁶. El bonapartismo no era una monarquía tradicional, legitimada por una historia secular, arraigada, que pudiera soportar como la austriaca derrotas y pérdidas de prestigio, que afectasen sus raíces institucionales, a su propia legitimidad. El bonapartismo siempre había alcanzado el poder tras una situación revolucionaria y luego tenía que mantenerse a través de una agresiva y prestigiosa política exterior. Para el emperador francés una pérdida de prestigio podía redundar negativamente en el plano político interno, en esto estaba acertado, lo que terminó por ocurrir en otros países especialmente en el fracaso de sus políticas coloniales más adelante, en el paso del siglo XIX al XX. Lo que impulsaría a reactivar su política exterior, la consecución de la gloria era indispensable para su supervivencia, y resarcirse de los reveses que ha ido sufriendo, también lo entendía así Eugenia, además de tener en cuenta otras cuestiones personales. según expone Guy Breton²⁷. La competencia por el arbitraje tuvo una primera prueba en el affaire de Luxemburgo y el fracaso de la política de compensaciones que quiso practicar Napoleón, y que trató de obtener precisamente de Prusia.

El primer y más ambicioso objetivo francés era alcanzar la frontera del Rin de 1814. Prusia inicialmente no parecía reacia a que Francia se anexionase el Gran Ducado de Luxemburgo, una especie de garantía prusiana, que hubiera concedido a su rival crear un cinturón defensivo, pero cuando las negociaciones estaban a punto de culminar, Bismarck reaccionó en contra. Pensó probablemente que tal acto de anexión supusiese 1) una amenaza más frente a los estados germanos fronterizos; 2) Veía además con su negativa estudiar la respuesta de su adversario ¿la guerra? en una posición de tanteo; 3) Se convertía en defensor de dichos estados germanos; 4) Evitaba crear una punta de lanza francesa en caso de proyección al Este y 5) desarticulaba la idea de un cinturón defensivo en caso de conflicto, además de imponer su criterio pero no de una forma abierta y escandalosa, sino tácita o lacónica. El caso es que se produjo una situación enojosa para Francia y un estado de tensión, de tal manera que se llegó a creer un conflicto armado²⁸. El compromiso alcanzado en la conferencia de Londres supuso la retirada de la guarnición prusiana de Luxemburgo, pero también la neutralización del Gran Ducado.

²⁶En este sentido Eugenia desde el Nielo habría escrito a su esposo, en noviembre de 1869, que no era partidaria de dos golpes de estado en un mismo reinado. Carta del 12 de noviembre, una semana después inauguraba el canal de Suez. Citado por BRETON (1972) *Op. cit.*, p. 148.

²⁷BRETON (1972), *Eugenia*, *Op. cit.*, p. 150.

²⁸DURIEUX, Joseph (1929) *Le ministre Pierre Magne (1806-1879), d'Après ses lettres et souvenirs*. Vol. II Paris. Librairie ancienne. Honoré Champion, en Javier RUBIO (1989) mencionado en el tomo II. *Op. cit.*, p. 177.

Desaparecían así las oportunidades francesas de retorno a las fronteras de 1814. La crisis se resolvió pacíficamente, pero se crea un precedente, y comienza desde Francia un deseo de desquite en la opinión pública, en la prensa y en el propio Napoleón. También se comprueba que Prusia no va a admitir compensación alguna por la actitud francesa de 1865-1866. Además, Bismarck antes de la crisis ya había hecho publicar los acuerdos defensivos entre Prusia y los distintos estados alemanes del Sur del Mein. Sin duda una garantía para ellos y algo que sonaba a advertencia velada para sus rivales del otro lado del Rhin. Por su parte Napoleón sabe qué si se repitiese una cuestión como la de Luxemburgo, no debería verse solo, además de poder contar con un ejército adecuado, moderno y preparado. Por ello toma una serie de decisiones:

1. Encarga a Niel, ministro de la guerra las reformas necesarias para modernizar el ejército y fortalecerlo, con la prolongación a dos años del servicio militar.
2. En el terreno internacional, Napoleón busca afanosamente la alianza con otras potencias, concretamente con Austria e Italia.

De esa forma buscaba compensar el acercamiento de Prusia a la España revolucionaria de 1868.

Napoleón no consigue la suscripción de la triple alianza, pero si existe una puesta en común de puntos de vista, ante el avance prusiano. Una especie de prevención ante la proximidad de un conflicto. Para mayo de 1869 ya había un ambiente favorable para suscribir una alianza ofensiva-defensiva, en el caso de producirse síntomas de una guerra en Europa. Se estipula un protocolo por parte de Italia, de movilizar 200.000 hombres y por parte de Austria y de la misma Italia exponen actuar de mutuo acuerdo con Francia si Prusia iniciaba las hostilidades. No obstante, todo se queda en el aire, porque no se firma nada que suponga un compromiso real que obligue. De hecho, en el verano de 1869, el rey de Italia Víctor Emanuel II rechazó la ratificación de los compromisos al exigir a Francia la inmediata evacuación de las tropas francesas de Roma, Francia se vería obligada a hacerlo, cuando estalló la guerra franco-prusiana, así que el espíritu de colaboración desapareció. No obstante, Francisco José escribió a Napoleón, ofreciendo un pacto de ayuda mutua, de naturaleza militar, en caso de que alguna de las dos naciones fuese atacada por un tercero. Entre abril y mayo de 1870, existe un intercambio fluido de representantes austriaco y franceses entre París y Viena, incluso en julio de 1870 el gobierno de Viena invitaría al italiano a considerar la creación de una triple alianza y actuar como si

entrarse en vigor, actitud que es refrendada por Víctor Manuel II, pero sin firmar solo quedaba la intención.

Quizá. el mismo miedo e interés respecto de Prusia provocaba esta actitud de sí pero no. El panorama de julio era un tanto desalentador: por un lado, existe una Francia que teme al vecino en ascenso al otro lado del Rhin; una Austria resentida y humillada contra Prusia y un estado que tiene como objetivo su unificación territorial, bajo un solo eje político. Por último, una Francia que amenazaba los intereses germanos en la orilla derecha del Rhin. En este estado de tensión parecía que un conflicto armado era inevitable. Un intento de desarme sugerido por Napoleón al gobierno británico, para que actuase como intermediario, produjo una negativa rotunda de Bismarck. Sin embargo, Javier Rubio desmiente la inevitabilidad de la guerra. El fracaso de las tres candidaturas al trono de España, provocaría el acercamiento hacia la cuarta: la del príncipe Hohenzollern. Una crisis añadida al estado de cosas existente. La creación de la guerra vendría alimentada de otras cuestiones combinadas y que no se tendrían en cuenta por los gobernantes²⁹.

III. EUGENIA Y EL CONFLICTO FRANCO-PRUSIANO.

A) La imagen del Emperador en los 60. El estado de Napoleón III en los años precedentes a la guerra franco-prusiana es lamentable, enfermo y envejecido. Pierre de Lano expone las relaciones de la familia imperial, un marco del que el propio imperio en tanto sistema parecía ser su eco. Napoleón se mostraba como un “erotómano senil”, su vida estaba condicionada por el sexo, perseguía a las camareras en las roperías, reclamaba jóvenes vírgenes o se hacía llevar por Bacciochi prostitutas, cuya ciencia amorosa se había enriquecido con “con el contacto de todas las depravaciones de todos los vicios”... Parecía un nuevo Luis XV, alboreando los 60 años, no solo los de aquella época sino de un hombre decrepito que intentaba disimular. Lo cual hizo decir a Henry de Rochefort. “Ahora tiene los ojos más grandes que el bajo vientre”. Pero el “bajo vientre” no era el único en dar disgustos al soberano, enfermo de cálculos vesiculares. Sus facultades intelectuales disminuían día a día. A veces se queda fumando cigarro tras cigarro en un estado de torpeza muy alarmante. Naturalmente, este debilitamiento se conoció muy pronto, primero se habló veladamente en los salones, luego, de forma mas abierta en algunas reuniones políticas. Emile Ollivier se atrevió incluso a hacerse eco de esos chismes ante el emperador³⁰.

²⁹RUBIO (1989) Op cit, Tomo II, pp. 626-41.

³⁰DE LANO, Pierre (1891) *Le secret d'm Empire. L'impeatrice Eugénie*. Paris Victor Havard, pp. 98-99 Guy Breton expone “En cierta ocasión pidió a Ollivier que se sincerara como si él no fuese el emperador... “quisiera saber que es lo que se dice de mí en Paris. Respondedme francamente.

Según Breton; “los soberanos de Europa no tardaron en saber a su vez, que Napoleón, agotado por la lujuria, no era ya capaz de dirigir a Francia. La mayor parte se alegraba de ello. El rey de Prusia, entre otros, que soñaba con hacer cristalizar toda Alemania en torno a su reino, (tal como el Piamonte había hecho con Italia en torno a él) y que ya codiciaba Alsacia y Lorena se frotaba las manos... El otro hombre, satisfecho por la decrepitud de Napoleón, era “un halcón prusiano, inteligente y fino diplomático; a quien el rey Guillermo había nombrado presidente del Consejo en Berlín. Se llamaba Otto von Bismarck-Schönhausen. Bismarck conocía perfectamente a Napoleón III. En 1862 siendo ministro de Prusia en París, fue invitado a Fointenebleau, a Saint-Cloud y a Compiègne; se había dado cuanta rápidamente de que el emperador de los franceses llegaba ya a la senilidad. De regreso a la corte de Prusia, resumió su opinión con palabras llenas de cruel sarcasmo:

-”*¡En Francia he encontrado dos mujeres muy divertidas, pero ni un solo hombre!*” Ya en Biarritz el canciller se sorprendió de la ligereza que se manifestaban los soberanos, sin reparar en las amenazas de conflicto en el este... El primero de abril de 1867, Napoleón III y Eugenia cuya despreocupación, asombraba a todo el mundo inauguraron la exposición universal en París. Acudieron el rey de Prusia, el zar, los soberanos de Bélgica, el vicerrey de Egipto³¹, el sultán de Turquía, el rey de Suecia, el rey de Portugal, el emperador de Austria, Luis I y Luis II de Baviera, fueron recibidos en París con una pompa extraordinaria³².

“Bismarck, que acompañaba al rey Guillermo una vez mas y a la reina Augusta, se encontró con Napoleón III. Con una satisfacción, que ni tan sólo intentó disimular, comprobó que el emperador, completamente acabado, no era capaz de tener una opinión, se limitaba ha obedecer pasivamente a la emperatriz. Una noche, durante un baile, Eugenia que conversaba con la reina Augusta, declaró alegremente “-Ya veréis... Ya veréis. ¡Os vamos a hacer la guerra!”. Una hora después, la reina de Prusia extrañada explicaba estas extravagantes palabras a Bismarck ... que no pudo contener una sonrisa... Francia estaba madura para cualquier aventura”³³.

Breton trata a Eugenia como una mujer sometida a muchas presiones, rayando la paranoia. Pero había algo más, pues circulaba que su autoritarismo se haría patente en su deseo de provocar la abdicación de Napoleón III en su hijo, menor

Ollivier dudo un momento y respondió: Alteza (sic), parece que vuestras facultades bajan. Napoleón III se mantuvo impasible. Eso está de acuerdo con todas mis informaciones -dijo simplemente- y cayó de nuevo en la somnolencia” en *Eugenia y sus sucesoras*, Op cit, p. 137.

³¹En la obra de Guy Breton hay algunas imprecisiones, es el jedive o gobernador de Egipto, aunque tuviese la autonomía de un soberano casi independiente.

³²MÉRIMÉE, Prosper (1874) *Letres a une inconnue..* Paris, Michel Levy Frères Editeurs. Avec un étude de Hipolito Taine.

³³Citado Por Guy BRETON (1972) Op cit, p. 140 .

de edad, con doce años en 1868, estableciendo así una regencia prolongada. Ese año además se llevaban amplias negociaciones para devolver al Parlamento sus poderes, la construcción del Imperio parlamentario era la manera de arrebatarse a Eugenia su participación en los asuntos de Estado. Quizá el rumor de intentar sustituir al propio emperador era algo impensable, no por la imagen de decadencia física y política sino motivada en buena parte por los celos producidos por los sinsabores de un Napoleón III, en manos de las maquinaciones de alguna rival sexual de su esposa como la condesa de Mercy-Argenteau. Esta era una artista de teatro llamada Louise de Caraman-Chimay, casada con el conde de Mercy-Argenteau, que en connivencia con el duque de Percigny, consejero de Napoleón y enemigo de Eugenia, aprovechó para influir en Napoleón acerca de las excesivas atribuciones que tomaba la emperatriz.

Tanto, que incluso habían debilitado la autoridad del Napoleón según refiere Octave Aubry³⁴. En la citada carta del 11 de noviembre de 1867 se denunciaba al partido que se había formado en torno a Eugenia. El Estado tenía en el presente dos gobernantes, dualidad que facilitaba las intrigas, falseaba el control y animando a la oposición llevaba al imperio al abismo. El duque no veía más que una solución. Napoleón debía volver a tomar el control en sus manos mientras que la emperatriz debía contentarse con lucir en las fiestas de la corte. La emperatriz tomó la carta e iba enrojeciendo de ira hasta estrujarla y tirarla al suelo. Napoleón oía impasible la lectura de su esposa. Por fin estalló Eugenia: “¡Nunca más pondré los pies en el Consejo! ¡No, nunca más! No quiero exponerme a semejante afrentas; es demasiado humillante”, incluso pateaba resultado de su acaloramiento en aumento. Napoleón intentó razonar diciendo que era una tontería de Percigny y que carecía de toda importancia. Por fin comentó: “Yo creo que tu lugar está en el Consejo y no vas a dejar ir. El emperador soy yo”. Luego contestaría a Percigny recriminando punto por punto sus críticas.

La condesa fracasó ante Eugenia, pero maquinó otras estrategias para herirla en lo que pudiese y sedujo a Ollivier, para convencer a Napoleón de consolidar el imperio parlamentario. En estos momentos es cuando Eugenia recibía la invitación el 30 de setiembre de 1869 para inaugurar el Canal de Suez, obra de Fernando de Lesseps, primo segundo de la emperatriz. La despedida de Eugenia a Napoleón en Saint Cloud fue la más gélida, tras amenazar con dejarle por tercera vez si no dejaba a Mme de Mercy-Argenteau. En su recorrido por el Nilo, hacia Port Said, Eugenia escribió a su esposo. No había perdido noticia de París, de las acciones de Monsiuer Thiers o Jules Favre y tras elogiar la utilidad del telégrafo dice:

³⁴AUBRY, Octave (1931) *L'Impeatrice Eugène* Paris, citado por Breton, p. 146. Asimismo, SMITH (1990). Op. cit. pp.126-131.

“.... Estaba muy atormentada todo el día de ayer por saberte en París sin mi, pero todo ha ido bien, según veo por tu despacho. Ceo que es necesario no desanimarse. Estoy muy lejos y soy muy ignorante de las cosas para hablar de esta manera, pero estoy íntimamente convenida de que la fuerza es la perseverancia en las mismas ideas. No me gustas los “a golpes” y estoy persuadida que en un mismo reinado no se pueden dar dos golpes de Estado. Es preciso rehacer la moral, como se rehace una constitución debilitada, y una idea constante acaba por agotar el cerebro mejor organizado. He tenido ya la experiencia, y de todo lo que, durante mi vida, ha dorado los bellos colores de mis ilusiones no quiero ni guardar el recuerdo... Mi vida está ya acabada, pero vivo de nuevo en mi hijo y creo que las verdaderas alegrías son las que pasarán por su corazón para llegar al mío. Te abraza, Eugenia”³⁵.

Escasos días antes de la inauguración del Canal, que aconteció el día 17 de noviembre, Eugenia exponía un estado de animo como si una premonición sobre el fin se anticipara. En las Tullerías, a su vuelta, quedó sorprendida; el emperador enfermo y preocupado, parecía haber envejecido diez años. Pasaba horas enteras sin decir nada, jugando a las cartas o moviendo los leños de la chimenea con unas pinzas para hacer salta las chispas. Después de los días de fiesta, tras la apoteosis de Port-Said, Eugenia tuvo una impresión de vértigo. En el palacio muerto y lúgubre, donde un monarca permanecía senil por los excesos del libertinaje, dedicándose a ir extendiendo las cartas, “flotaba un perfume de muerte”³⁶. En la calle, en las plazas, la oposición liberal-republicana anunciaba la caída próxima del imperio, Henri de Rochefort en su diario *Lanterne*, pronosticaba desde Bruselas, la fecha de la creación de una tercera República, Eugenia entonces resolvió retomar las riendas. Napoleón se había dejado engatusar por Emile Ollivier y el 2 de enero de 1870 fue nombrado presidente del Consejo de Estado, con el inicio del imperio liberal Eugenia no podía desempeñar ninguna función activa.

Furiosa se dirigió a su esposo al que profetizó toda clase de catástrofes, pero Napoleón impasible seguía con sus solitarios. A finales de mes de mayo los resultados del plebiscito dieron 7.336.000 votos favorables contra 1.560.000, y otros 1.894.000 de abstenciones; lo que reconfortó ligeramente a la emperatriz. Eugenia tuvo momentos de aprehensión al recordar el destino de María Antonieta. Un nuevo personaje aparecía en aras del fin era la una espía pro-prusiana, la Païva., amante del conde Henckel de Donnersmack, ambos enemigos de Francia, que colaborarían en los antecedentes del conflicto., invitaban a periodistas, gente influyente a sus cenas y fiestas, aunque no frecuentaban la corte, para sacar sus informaciones.

³⁵Citado por BRETON (1972). Op. cit., p. 149.

³⁶Ibídem.

B) Eugenia y la posibilidad de la guerra. El telegrama de Ems. Las responsabilidades generales de la guerra han sido, lógicamente, exoneradas por la historiografía nacional de cada país. Naturalmente los franceses acusan indistintamente a Bismarck, pero también a Eugenia por distintos motivos. Los alemanes excusan a Bismarck, mientras los franceses le culpan, hay quien apunta a las debilidades del gobierno francés, incluso a Napoleón y a Eugenia. Todo indica que hubo una búsqueda de culpables en definitiva.

Pero hay voces que, desde la neutralidad como Michael Howard, apuntan a una mayor imparcialidad; según él: “Francia fue a la guerra sin razón suficiente, sin aliados y sin un ejército preparado contra el mayor poder militar en ese momento”³⁷. *Howard expone la existencia de un torpe manejo de la crisis por parte del gobierno francés, Bismarck no es ningún diablo que elaborase minuciosamente el conflicto, ni desea la guerra tampoco, como tampoco la deseaba Napoleón, pues ninguno es un genocida.*

Por supuesto, las resoluciones bonapartistas no eran unilaterales, la emperatriz tenía su influencia, quizá no tanto por dar cuenta de su responsabilidad y posición que la hacían creer en su legitimidad para decidir cuestiones políticas, sino por la propia condescendencia de un individuo como Luis Napoleón que así compensaba sus infidelidades como esposo. Hay una serie de errores de apreciación, unas podríamos decir que relacionadas con la mentalidad de la época y aireada por la prensa patrioter a aparecen el tema del honor nacional, la dignidad que convierten cualquier temática en un asunto de bandos. Pero, sobre todo, son ideas utilizadas por políticos subalternos, individuos de segunda fila que actúan ciega y mecánicamente por interés personal, que sumidos en una inconsciencia general, si querían un conflicto. Bismarck no haría otra cosa que aprovecharse de una situación que le venía dada; incluso el usó la candidatura Hohenzollern como un tema que el planificara de antemano no era cierto.

Cuando modifica el telegrama de Ems, no mas que un tanteo, un “a ver como responde la arrogante y prepotente Francia” ante la insistencia exigencia de garantías... Tal reiteración por parte francesa, fue un tema que se suma a otros dos errores de bulto; la actitud del embajador francés en Madrid, Monsieur Mercier, daba por hecho una alianza hispano-prusiana, ante la posible admisión de la candidatura Hohenzollern, cuando no es así, sin tener en cuenta el discurso del Presidente del Gobierno, general Prim, el 11 de junio de 1870 ante el Congreso. En su declaración, el conde Reus no daba nada por sentado, era un discurso de posibilidades, donde incluso honestamente Prim confesaba su incapacidad de encontrar un rey adecuado a las necesidades de la patria. Sin embargo, algo tenía claro, al

³⁷HOWARD, Michael (1991) *The Franco-Prussian War: The German Invasion of France, 1870-1871*. New York: Macmillan Company. 1961, p. 23.

exponer que “*los Borbones jamás, jamás, jamás habrían de volver al trono de España*”. Quizá un tanto injustamente, porque a Isabel II nunca se la dejó reinar rodeada de espadones y civiles con pretensiones dictatoriales, así, buscar un candidato era una tarea ardua y difícil, según planteaba con bastante acierto.

El candidato habría que educarlo, adaptarlo, en definitiva, un rey había que construirlo, pero consideraba después de todo, que era más razonable que construir una república, donde había que educar a la clase política, a los partidos, a la nación. Un rey era uno solo, al fin y al cabo. Había sido rechazada la opción Montpensier, igualmente por Prim y por Eugenia por distintos motivos, tampoco prosperó la del portugués príncipe de Coburgo y una tercera, la de Tomás de Saboya, duque de Génova. La candidatura Hohenzollern sería la cuarta en la lista, pero aun no había sido aceptada, era una posibilidad tan solo y estaba en fase de estudio. No se podía saber si Leopoldo de Hohenzollern era el idóneo, ni siquiera se había enviado la comisión a Berlín a este efecto, entre otras cosas por que ni él ni su familia estaban entusiasmados precisamente con la idea; un protestante en un trono y un país católicos, que debía españolizarse en caso afirmativo por ambas partes.

El proyecto estaba en las Cortes. Pero Mercier dió todo por sentado sin analizar el discurso y actuó por su cuenta de forma precipitada. Por ultimo la otra equivocación mayúscula fue el discurso del conde de Gramont, ministro de Relaciones Exteriores, el 6 de julio, totalmente agresivo y provocador. Un discurso apoyado presuntamente por el partido en torno a la emperatriz, cuestión que matiza Javier Rubio en su obra, suponía una provocación cuando no una doble responsabilidad ¿La guerra podía subsanar la imagen o atmósfera de decadencia con las que se había encontrado a su retorno de Port Said? En estas circunstancias cabe analizar las responsabilidades de la emperatriz, a la que se acusó de querer la guerra de una forma activa, y de tener un grupo cortesano que la respaldaba. Guy Breton expone que si Eugenia quería la guerra no era por inclinación a la matanza y al sufrimiento del pueblo, tampoco era una genocida. Para ella un rápido triunfo militar supondría conseguir varios objetivos:

- 1) El afianzamiento del Imperio frente a todas las tribulaciones en ese momento existentes, 2) Una guerra victoriosa se entiende en todo caso, no se ponía en lo contrario naturalmente, podría unir a la nación, silenciar a la oposición...
- 3) Buscaba relegar a un segundo plano a Emilie Ollivier y a los republicanos o responsables de un imperio liberal 4) Un posible retorno al imperio autoritario le daría a ella mayor capacidad de maniobra. De esa manera podía alcanzar o recuperar la autoridad que se la había negado e incluso...
- 5) la podría legitimar institucionalmente no solo en la presidencia del Consejo sino en la toma de decisiones de Estado 6) Francia podría recobrar su prestigio y su hegemonía en el

concierto europeo. Sin embargo ¿no pensaba acaso que esto, no sería más que un arreglo provisional, de ser posible?

¿No alcanzaba a ver que el signo de los tiempos era otro, que su reinado tenía los días contados y que ella iba a querer agarrarse a una baza demasiado endeble y costosa? Además, la guerra debía ser corta, económica, bien planificada no solo victoriosa. Una mujer inteligente como Eugenia no podía dejarse llevar por sus arrebatos. La guerra era no solo algo muy serio sino complejo y debía tener en cuenta muchos imponderables. La debilidad de los políticos y la anticipación de la prensa, a primeros de julio hizo cada vez más imposible un arreglo. El 2 de julio de 1870 la reina Isabel II abdicaba y el Gobierno español enviaba una comisión a Alemania para ofrecer la corona al cuarto candidato, el príncipe de Hohenzollern.

Napoleón no podía soportar que un príncipe alemán reinase en España, como si de un segundo frente se tratase. Pidió a Leopoldo de Hohenzollern que retirase su candidatura, lo que no gustó a Bismarck, que “dio un puñetazo sobre la mesa del rey Guillermo que hizo temblar a Europa”³⁸. La guerra tan deseada, era ya inminente. Benedetti embajador en Berlín quiso convencer a Leopoldo de la necesidad de renunciar a la candidatura. La prensa en París estaba sobreexcitada, el 10 de julio Gramont ministro de asuntos exteriores reclamaba la guerra, haciéndose eco de una opinión pública inconsciente. y telegrafió a Benedetti:

“No podemos esperar más si el rey no quiere aconsejar al Príncipe de Hohenzollern que renuncie, ¡pues bien! la guerra será un hecho En unos días, nos presentaremos en el Rin. No podéis imaginar hasta qué punto la opinión pública se está exaltando; ¡nos desborda por todas partes, ya estamos contando las horas!”³⁹

En efecto, en París la excitación era extrema. De repente, todos los partidos se encontraban de acuerdo para reclamar una marcha armada sobre Berlín. Cada día los cortejos recorrían los bulevares cantando *La Marsellesa* y gritando:

-¡La guerra!, ¡La guerra! ¡Queremos la guerra!... ¡A Berlín!”... La prensa dejaba ver una violencia inaudita. Cassagnac, en *Le Pays*, escribía:

“Prusia se encuentra entre la amenaza y la vergüenza; ¡que escoja! ¡O lucha o cede!”

Emile de Girardin, en la *Liberté*, decía “Prusia es una nación de presa; tratémosla como tal”⁴⁰... No perdamos más tiempo, buscando los aliados... No nos preocupemos más que de localizar la guerra entre Francia y Prusia, los obligaremos a

³⁸BRETON (1972) Op cit, p, 163.

³⁹ROUX, George (1980) *Napoleón III*. Madrid, Espasa Calpe, p. 230.

⁴⁰Ibidem.

pasar el Rin y a desalojar la orilla izquierda a culatazos”.... Todos los periódicos utilizaban el mismo tono. Algunos, es verdad, estaban inspirados por los amigos de la emperatriz, siempre sedienta de gloria; otros recibían las órdenes de la Païva y de su amante el conde Henckel, amigos de Bismarck quien, también más que nunca deseaba un conflicto”... Esto lo refleja Guy Breton, pero es una visión muy nacionalista y excluyente, como si los extranjeros: el alemán y la española fuesen los malos de esta película, con especiales dotes para la intriga. Dice: “aunque parezca paradójico solamente Napoleón III y el rey de Prusia, no querían hacer la guerra”⁴¹.

Mientras el día 11, en París, el Consejo de ministros decidía llamar a sus soldados, en Berlín, Benedetti, bajo la orden expresa del emperador, buscaba una solución del rey Guillermo; éste, aunque irritado por la movilización francesa prometió presionar sobre Leopoldo de Hohenzollern quien apoyado por su mujer y Bismarck no se había decidido aún. Al fin se decidió, y el 12 fue enviado un comunicado por el que devolvía a España la iniciativa de buscar otro candidato, firmemente resuelto a no promover una guerra (...) El rey Guillermo se mostró muy satisfecho, al quedar zanjado el “incidente español”. Al poco tiempo, recibió un enviado de Bismarck, encargado decía de presentar su dimisión, furioso porque se le escapaba la ocasión del conflicto, pero no era sino una cuestión de tanteo. En Francia Napoleón al enterarse de la renuncia suspiró aliviado.... Es un gran descanso para mi- dijo a sus oficiales-... Estoy contento de que todo se acabe así, pero temo que el país haya quedado frustrado. Luego, quedó un momento pensativo y añadió:

“Se positivamente que la opinión pública hubiese preferido la guerra”⁴².

C) La guerra. La candidatura al trono de España era una auténtica bomba, porque en el caso de Eugenia, para su patria, hubiera sido positivo quizá que un príncipe prusiano fuese rey de España, pero su doble condición de emperatriz de los franceses y de católica se lo impedían, un tema que en ningún caso le agradecerían, además de una actitud que suponía un prejuicio.

“-¡Será difícil, hacerla admitir la paz! El callaba en silencio el dolor que le iba

⁴¹BRETON (1972). Op cit, p. 164. Sobre la gestión de la política alemana de la época me remito a CLARCK, Christopher (2016), *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1917*, Madrid, Esfera de los libros; FEUCHTWANGER, Edgar, (2014) *Bismarck, a political history*, Londres, Routledge y MASSOT, Vicente G. (1994), *Un mundo en equilibrio. La Realpolitik en la Europa de Bismarck*, Buenos Aires, GEL. Todavía mantiene su calidad la biografía del canciller prusiano de VOLTES, Pedro (2004), *Bismarck*, Madrid, Palabra.

⁴²BRETON (1972), Op. cit., p. 165 . Sobre la guerra de 1870 existen modernas aproximaciones como las de GOUTTMAN, Alain, (2015) *La grande défaite, 1870-1871*, París, Éditions Perrin y WAWRO, Geoffrey (2005), *The franco-russian war. The German conquest of France in 1870-1871*, Cambridge, T.M.C. Asser Press.

creciendo en la vejiga donde tenía una piedra, abandonó las Tullerías y se dirigió a su calesa.

En Saint-Cloud. En la sala de billar encontró a la emperatriz, al príncipe imperial y a algunos familiares... - ¡La paz! gritó alegremente... La emperatriz palideció, exclamando: - ¿Qué?

Eugenia tras leer el despacho de la renuncia del candidato, se enfureció, arrugó el papel y lo tiró al suelo, exclamando: ¡Esta guerra era la única ocasión de asegurar el trono a vuestro hijo, y no la habéis querido aprovechar... ¡Es una vergüenza!” ... “El imperio va a caer de un momento a otro”.

En este momento, Gramont pensando en las reacciones del cuerpo legislativo, sugirió que se considerase el comunicado prusiano como insuficiente y se continuase insistiendo al rey de Prusia para asegurar que en un futuro no se repitiese algo así. Eugenia sugirió lo mismo, una garantía irrefutable por la que Guillermo nunca autorizaría la candidatura... Y si se niega le hacemos la guerra. Napoleón quiso intervenir y defender la paz, pero la emperatriz estaba visiblemente excitada y al final su marido tuvo que replegarse. Y esta última exigencia es lo que tornó la suerte, al dar a Bismarck la oportunidad de falsear el telegrama”. Breton se basa en las *Memorias* del general Du Barrail, por el que denuncia el comportamiento de la emperatriz: “Me veo forzado a reconocer que la emperatriz ha sido, si no el único, al menos el principal autor de la guerra de 1870. Comprendió el error que había cometido en 1866, no permitiendo que el emperador aceptase por una iniciativa atrevida los ofrecimientos que monsieur Bismarck viniera a presentarle a Biarritz.

Y quería reparar esta falta. así, pues, impulsó desesperadamente la guerra y su influencia fue considerable. Sobre el emperador tenía un poder casi sin límites”⁴³.

Lo dominaba menos por sus encantos que por el recuerdo de las circunstancias demasiado numerosas en que se habían desconocido”⁴⁴ El 19 de julio Francia declaraba la guerra a Prusia. El 22 se confería la regencia a la emperatriz que debía ejercer sus funciones “a partir del día en que el emperador abandonase París para tomar el mando de sus ejércitos”. Eugenia vivió desde entonces en un estado tal de exaltación que sus palabras corrían más que sus pensamientos. Hasta el punto que, algunos aseguran que se había permitido decir: “Esta guerra será “mi” guerra...” palabras que habrían de perseguirla hasta su muerte, pero de las que se defendería siempre de haber pronunciado. En 1906, en cabo Martín, en su Villa Cynos que domina el mar dirá en efecto, a Maurice Paléologue que había venido a hablar con ella:

⁴³Ibidem .

⁴⁴DU BARRIL (1898) *Memoires et Souvenirs*. Paris. Librairie Plon, p. 13.

“Monsiuer Thiers es quien detenta la paternidad de esta odiosa leyenda, se permitió afirmar que el 23 de junio de 1870 cuando recibí en Saint-Cloud al primer secretario de nuestra Embajada en Berlín, M Lesourd, que acaba de notificar a Bismarck la declaración de guerra, yo le había dicho: “Soy yo quien ha querido esta guerra, es mi guerra”. ¡Pero jamás, entendedme bien, jamás oiréis esas palabras sacrílegas ni otras parecidas que hayan podido salir de mi boca! Por otra parte, más tarde he hecho interrogar a Lesourd. ¡Ha reconocido lealmente, en una carta cuyo original poseo, que jamás me he vanagloriado ante él de haber desencadenado la guerra”⁴⁵..

Para Breton “sea como fuere, esta guerra satisfacía todos sus deseos. El 27 Eugenia era nombrada Regente, el 28 de julio a las 10 de la mañana, Napoleón III abandonó Saint-Cloud para marchar a su cuartel general en Metz. Iba acompañado del príncipe imperial. En el momento en que los dos subían al vagón, Eugenia fue a besarlos.

- Adiós, Luis -dijo a su hijo- ¡Cumple con tu deber! El emperador torturado por su dolor en la vesícula se había tenido que maquillar para disimular su tez demasiado lívida y se esforzó en sonreír.

- Todos cumpliremos con nuestro deber! respondió Napoleón.

El tren salió bajo los vivas. solamente entonces Eugenia comprendió lo que había hecho⁴⁶.. “

“La emperatriz -nos dice Albert Verly- se cubrió el rostro con sus dos manos, y de vuelta al castillo, se arrodilló en su oratorio y rogó largamente por Francia, por su hijo y por el emperador”...

Un emperador que solamente había de volver a ver vencido, caído y exiliado⁴⁷. Tras una breve maniobra de diversión, un avance en Saackbrücken, en el Sarre, el 2 de agosto, donde el joven príncipe mostró su sangre fría con catorce años, las tropas francesas se vieron superadas de inmediato. Hubo errores de planificación desde el primer día. Ya en la distribución de efectivos los franceses pusieron en línea de batalla unos 288.000 efectivos, los prusianos medio millón de hombres en tres días, sin contar con los cuerpos de reserva y más de un cuarto de millón en la frontera sur por si a Austria se le ocurría apoyar a Napoleón.

Pero Viena se mantuvo neutral, ello valió que Bismarck la diese después un trato de favor. La eficacia germana se mostró en el uso de infraestructuras adecuadas y en concreto del ferrocarril que dio habilidad y rapidez en los desplaza-

⁴⁵PALÉOLOGUE. Maurice (1928), *Les entretiens de l'impératrice Eugénie*. Paris. Librairie Plon, p. 3. véase *Le Figaro*, Mardi 10 de junio de 1928.

⁴⁶BRETON (1972) Op cit., p. 168.

⁴⁷VERLY, Jacques Albert (1898) *Souvenirs du Seconde Empire. De Nôtre Dame a Zululandia*. Paris, Oldendorf Editeurs, p. 322.

mientos y puntos de concentración. Los fracasos franceses se multiplicaron en Worth, Schpichern, Wissembourg... Eugenia no se lo podía creer, los alemanes avanzaban por todas partes... El día 6 se enteró de la derrota de Wissembourg... El 7 a las once de la noche, su camarera, Pepa hizo pasar a monsieur de Piennes, el chambelán que llevaba un despacho para Eugenia. En pocas líneas se anunciaba la derrota del general Frossard en Forbach y la del mariscal Mc Mahon en Froeschwiller, la retirada de los franceses, la invasión de Alsacia y la amenaza sobre París desde ese momento eran inminentes. Ante lo cual Eugenia se irguió y expuso a Piennes con suma dignidad: “La dinastía está condenada, señor, ya no debéis pensar más que en Francia”.

Abandonó Saint-Cloud y marchó a las Tullerías para convocar el consejo a las tres de la mañana y convocar a las Cámaras frente a la oposición de Emile Ollivier que criticaba no tener derecho para reunir al Parlamento. Tras una breve alocución patriótica en la que invocaba a la nación exponía que ella no necesitaba tropas para que la defendiesen, y pidió que los batallones parisienses se movilizaran, a las cinco fue a acostarse, pero a las ocho un extraño ruido la despertó... “La muchedumbre sita en los alrededores del Palacio gritaba ¡Fuera!, ¡Fuera! Su sangre fría en ese momento se tradujo a tranquilizar a la masa y dárle ánimos, colocando carteles en todas las calles en los que se exponía que habían recibido un revés, pero si se mantenían firmes, se podían reparar las faltas. “*¡Qué entre nosotros no haya más que un partido, el de Francia, una sola bandera, la del honor nacional!*”⁴⁸ Pero la realidad era otra, Napoleón que quiso alcanzar Metz para establecer contacto entre sus fuerzas y Bazaine, se sentía incapaz de dar ordenes y estar a la altura de las circunstancias, era un viejo enfermo de sesenta y dos años que orinaba sangre, y Eugene Rouher, presidente del senado, que pasó por el cuartel general expuso a Eugenia que el emperador pensaba volver a las Tullerías, ante lo cual, la emperatriz clamó: ¡si vuelve a París es la revolución!”.

IV. LA MUERTE DE LOS DOS NAPOLEONES.

a) Del fin del imperio a la muerte de Napoleón. En estas circunstancias, el tres de setiembre vino la noticia del desastre en Sedan.

En la batalla, ocurrida el 1, el emperador al verse copado se rendía con 125.000 hombres, para evitar una matanza inútil. El despacho proveniente del Cuartel general, exponía que el ejército y el propio Napoleón estaban prisioneros, la derrota había sido total. Eugenia no podía creer lo que leía, llamó a sus consejeros Conti y Filon, todos lívidos, sin saber que decir, escucharon las lamentaciones de Eugenia... que llegó a gritar: -¡No, el emperador no ha capitulado, un Napoleón no se rinde..! Está

⁴⁸BRETON (1972), Op. cit., p. 167-168.

muerto... ¿Me oís? Os digo que está muerto y que me lo quieren ocultar”. Paléologue nos refiere en sus *Entretiens* que fue el mismo Conti quien le explicó el estado en el que se encontraba Eugenia al recibir la noticia de la derrota... Ella llegó a exclamar “¿Por qué no se ha hecho matar? ¿por qué no se ha hecho enterrar bajo los muros de Sedan? ¿No ha notado que de esta forma se deshonoraba? ¿Qué nombre va a dejar a su hijo? Luego se calmó, se echó a llorar y cayó de rodillas en el suelo invocando al emperador. ¡Perdóname, ¡Perdóname.....”⁴⁹.

Todo esto en medio de un ambiente subversivo, pues en la calle todo indicaba que la insurrección era inminente según el ministro Chevreau.... Varias bandas gritaban ¡Viva la República!... pero la soberana se mantuvo serena y expuso: “Pase lo que pase, los soldados no deben disparar sobre el pueblo”⁵⁰.. El 4 Gambetta, Jules Favre y Aldoph Thies, entre otros. proclamaban la república y Eugenia se aprestó a marchar de Francia en medio de los abucheos de “¿Abajo la española!” En todo el trayecto desde Saint-Cloud hasta alcanzar el navío que la llevaba a Inglaterra.

En torno suyo la muchedumbre cantaba *La Marsellesa* o se incitaba a la República. La calle era un hervidero, mientras los alemanes se acercaban a París. Gambetta había abandonado París en globo para galvanizar a la resistencia a ultranza, desde Burdeos. Era un gesto propagandístico. Eugenia no entendía de temas militares y no existía conexión entre política y ejército, una coordinación necesaria como exponía von Clausewitz o como hizo Napoleón I para la obtención de objetivos desde una planificación bien concebida con antelación suficiente, y el emperador mostraba su incompetencia, como el mismo da a entender en carta del 2 de septiembre:

“Mi querida Eugenia: Me resulta imposible decirte lo que he sufrido y lo que estoy sufriendo. Hemos dado un paso contrario a todos los principios y al sentido común; esto debía llevarnos a una catástrofe.

Y ha sido completa. Hubiera preferido la muerte a ser testigo de una capitulación tan desastrosa y no obstante, en las presentes circunstancias, era la única forma de evitar una matanza de sesenta mil personas. Y, ¡ojalá mis tormentos queden en esto! Pienso en ti, en nuestro hijo, en nuestro desgraciado país, que Dios lo proteja! ¿Qué va a pasar en París? Acabo de ver al rey (Guillermo de Prusia). Se le han llenado los ojos de lágrimas hablándome del dolor que yo debía sufrir. Pone a mi disposición uno de sus castillos cerca de Hesse-Cassel. Pero ¿Qué me importa dónde vaya! ¡Estoy desesperado! Adiós, te abrazo tiernamente. Napoleón”⁵¹.

⁴⁹PALEOLOGUE, Maurice (1928) Op. cit. p. 7.

⁵⁰Ibidem.

⁵¹Carta al Cuartel general del 2 de setiembre de 1870. AGAF.

Eugenia tras oír misa convocó al Consejo de Ministros, escribe André Castelot y les expuso con serenidad y firmeza:

“El futuro de nuestra dinastía no cuenta para mí; no pienso más que en el futuro de Francia. Mi única preocupación personal es la de cumplir en toda su amplitud, con los deberes que mi rango y mi función me imponen, y el más claro de estos deberes es el de no desertar mi puesto. En cuanto a las representantes del país, su deber me parece tan evidente como el mío. Deben aplazar todas sus querellas de partido y unirse en torno a mí para oponerse a la invasión. Tienen la guerra entre sus manos”⁵²..

Pero en París se los sucesos se precipitaban, el pueblo había arrancado las águilas del Palais Bourbon, la violencia iconoclasta es siempre un preludio a de revolución violenta. Desde la plaza de la Concordia una muchedumbre rugiente avanzaba hacia las Tullerías. Los soldados preparaban sus armas en espera de órdenes. A las 15.30 El prefecto de policía apareció, resoplando y expuso con gravedad “¡Señora, las rejas va a ser forzadas!

En ese momento von Metternich y Nigra embajadores de Austria e Italia, entraron a la vez. Señora, debéis partir -dijo Metternich-. No podéis continuar aquí un instante más.

-No, -respondió la emperatriz golpeando con el pie. Fuera, la muchedumbre gritaba -¡Abajo la española... Conti advirtió que si no abdicaba en ese momento, “las turbas la obligarían por la fuerza... y habréis sacrificado los derechos de que sois depositaria! Si consentís en marchar, allí donde vayáis os llevaréis vuestros derechos” Ésta última frase sacudió a Eugenia. -¿Lo creéis así? No oyó ninguna respuesta. Un clamor ensordecedor se elevaba en las Tullerías. La reja de la plaza de Concordia acababa de ceder...

Mdme Carette escribió como la emperatriz se despidió y besó a sus damas⁵³. La salida del palacio de las Tullerías es una huida según narra Breton, utilizando los relatos de Carette y del almirante Jurien; por su parte, éste intentó parlamentar con las turbas que ya estaban en los alrededores de las dependencias, mientras Eugenia y su pequeño séquito salían por otra puerta. Después de atravesar París gracias a la pericia del médico Thomas Evans, al alborar el día 5 estaba ya camino de la costa en un simón que tuvo que abandonar cerca de Riviere-Thibouville para tomar un tren que los dejó en Serquigny, donde tomó otro hasta Liseeux, allí cogieron un coche hasta Deauville, un viaje muy similar al que hicieron Luis Felipe de Orleans y su esposa la reina Amelia en 1848, según recordaba Eugenia;

⁵²Referido por BRETON (1972), Op. cit., p. 176.

⁵³CARETTE, Mdme de, née Bouvet (1889) *Souvenirs intimes de la cour des Tuileries* Paris. Paul Ollendorf Editerus. III. vol. p. 93.

gracias a un contacto encontraron un pequeño yate de recreo, de un inglés simpático, *La gazelle* que al final la llevaría a Inglaterra, allí desembarco en Ryde y pocas horas después se encontró con el príncipe heredero en Hastings, procedente de Bélgica. Napoleón fue recluido como prisionero en Wilhelmshe, una de las residencias del rey Guillermo, tratado con la máxima cortesía. Eugenia escribió a Bismarck con idea de convivir con su esposo en su prisión, pero el canciller se negó. El 27 de octubre Metz se rindió con más de ciento treinta mil hombres, los prusianos emprendieron el sitio de París. Napoleón no dejó de ser visitado por sus amantes. El 30 Eugenia visitaba a Napoleón en su prisión. Allí estaría hasta mediados de marzo, en que se firmó un alto el fuego, a mediados del mes de marzo. El 18 se proclamó la Commune en el Hôtel de Ville y estalló la guerra civil. Thiers necesitaba con urgencia el ejército francés preso de los alemanes para aplastarla.

Lo que consiguió de un Bismarck que en principio dudaba entre las razones del Estado Mayor prusiano que se negaba y de esa manera garantizaba la ocupación, tomando como un tema interno la Commune y que, por tanto, no les incumbía; pero también lo contrario: como tampoco les eran simpáticos los comunistas se podía aplastar el movimiento obrero para que no se extendiera. Sobre todo, habida cuenta que son los años de la primera Internacional, que abogo por clausurarse de forma precipitada, era un guiño a favor del vencido, una concesión al conservadurismo de Thiers, escarmentado para un tratado de paz mas o menos duradero, desde una óptica común, si se podía llamar así. Al final prevaleció esta segunda alternativa y la Comuna fue aplastada.

Para junio todo había acabado, mientras se había firmado el tratado de Frankfurt, el 19 de mayo de 1871, que, si bien ponía fin definitivo a las hostilidades, no fue precisamente generoso. Tres meses antes, el 19 de marzo Bismarck dio la libertad a Napoleón, tras unos seis meses de reclusión. Napoleón tuvo una recuperación lenta y, en momentos de optimismo se planteó de nuevo volver a Francia “desembarcar en Flandes, acudir a Châlons, donde había oficiales adictos a su causa e ir a París, a recuperar el trono”, empezó así una tarea conspirativa corta, sobre la base de la confusión de los primeros días de la III república, el conservadurismo de Thiers, el crecimiento de los partidos monárquicos, la doble conflagración había dejado al país y concretamente a la capital en el caos, tal y como observaba él mismo desde Camden-House. Napoleón. Según George Roux fue de proyectos que no pasaron de ahí, Eugenia dudaba y no apoyaba a su marido, al que trató de convencer para que abdicara en su hijo. El Dr Conneau le advirtió que él “ya no tenía 20 años ni el organismo para la preparación de un golpe de Estado. A lo que replicó, mi querido amigo, no soy tan viejo como decís, ya que las mujeres me aman todavía”. Y era verdad, pesar de estar acabado fisi-

camente, seguía recibiendo cartas de amantes, a pesar de sus sesenta y cinco años. Pero en el otoño de 1872 Napoleón empeoró. Los médicos ingleses procedieron el 1 de enero de 1873 a la trituration del cálculo, la operación salió bien, pero a la semana fue requerida una segunda operación, y en el postoperatorio, el día 9, Napoleón no sobrevivió. Algunos historiadores aseguran según una carta del medico Corvisart, que no murió a causa de la operación, sino del exceso de cloral, un calmante que le proporciono Eugenia, la noche anterior. La muerte causó de estupor a una Francia donde el bonapartismo era un partido numeroso”⁵⁴.

b) La última esperanza. La muerte del príncipe imperial. Ni en la historiografía francesa ni en la inglesa se refieren la existencia de fines políticos, ajenos a convencer al príncipe Napoleón, de que no marchase a África; sino que fue algo personal. No se trataba solo de experimentar algo más que una aventura militar. Es decir, la responsabilidad última de su expedición fue suya, no intervino nadie en su voluntad. Fue su decisión buscar no solo una aventura romántica sino una experiencia militar donde blandir la espada de su tío abuelo, Napoleón el grande, dado que su padre no pudo lucirse en Sedán, pero emular las conquistas y hazañas de Marengo o Austerlitz era un tema que pertenecía a otra época.

Además, olvidan que después de todo el famoso Napoleón fue derrotado y murió en el exilio. No caían en la cuenta, que toda esa ensoñación era solo vanidad y un vano deseo en una sociedad que ya mantenía el concepto de honor como algo anticuado, pero era verdad que no se trataba de una idea genérica. Aun se mantenía esa mentalidad, hay quien pensaba que la época exigía una historia de sangre y honor y no solo colectiva tal y como acontecería en parte hasta la Gran Guerra. Aquella época imperial era sinónimo de dignidad histórica, para el joven príncipe era exigencia de su dinastía y lo que significaba, con él, en definitiva. Napoleón-Eugenio buscaba ponerse a prueba o destacar como un héroe moderno, al protagonizar el esbozo de una aventura romántica. No recibió ninguna invitación; más bien fue a petición suya, y no recibió una negativa rotunda. El príncipe era consciente de que vivía demasiado bajo a las faldas de su madre, que no le dejaba ni a sol ni a sombra ni le daba ni dinero para tener una vida propia a sus veintiséis años. Fue una razón personal añadida para buscar aventuras y considerarse libre⁵⁵. Ya, anteriormente buscó una experiencia similar, una quiso acudir a Tomkin a partir de 1873 con motivo de la crisis, pero el gobierno de la III república se lo negó, luego quiso participar en la guerra Balcánica de 1875-78 e ir a Bosnia-Herzegovina, pero Francisco José

⁵⁴MAUGET, Irénée (1909), *L'imperatrice Eugénie*, Paris. Librairie Oldendorff., p. 179.

⁵⁵Ibid., p. 193.

de Austria tampoco lo permitió. El príncipe se había licenciado como oficial en la escuela de artillería de Woolwich en marzo del año anterior, el equivalente a Sandhurst en infantería. Por su parte los ingleses parecían mucho mas activos en la consecución de aventuras bélicas, en su plan de adentrarse en África para consolidar la línea telegráfica y el ferrocarril entre El Cairo y El Cabo, su interés era consolidar toda la vertical próxima al Mar Rojo y por tanto a las líneas de comunicación tanto terrestres como marítimas de protección a la India.

Es decir, el príncipe iba a participar en una empresa que no era la suya; con una logística defectuosa, los ingleses en buena parte parece que iban de excursión, sin conocer la región, ni mapas precisos⁵⁶, ni supieron prever las sorpresas que pudieran producirse. En esta apariencia de descuido, tampoco recibió ningún consejo o advertencia sobre el peligro inminente que podía correr su persona, confiados en su armamento, en su fuerza no esperaban ser derrotados por los zulúes. Pues, a pesar de ser consideradas salvajes, tenían un sentido de la táctica en el combate. El propio Cetiwayo, el último monarca zulú, era un rey inteligente al que se profesaba cierta admiración.

El 22 de enero de 1879 tuvo lugar la batalla de Isandlwana, con al que se abría la segunda guerra anglo-zulú⁵⁷, donde las fuerzas inglesas fueron masacradas. El príncipe Napoleón Eugenio Luis Juan José, había hecho testamento antes de ir a África en mazo, nombrando como sucesor suyo en la dinastía a Victor Bonaparte, primo suyo y nieto de Jérôme, rey de Westfalia. El 27 de febrero embarcaba en Southamptont, y el dos de abril, en Durban, era adscrito al Estado Mayor de Lord Chelmsford comandante en jefe de la expedición británica en Sudáfrica, en calidad de ayudante de campo, uniéndose -por tanto- a las fuerzas británicas del Natal en las proximidades de Isandlwana. Fue muerto con 23 años, en una embocada zulú el 1 junio de 1879, mientras hacia un reconocimiento cerca de Ulundi. Tras defenderse con coraje fue desmontado recibió 18 lanzadas de azagayas, todas por delante; ya muerto fue abierto en canal según era costumbre entre los zulúes para liberar el espíritu.

Apenas se le nombra en las fuentes inglesas⁵⁸. Eugenia, según recoge su ayudante de cámara en su residencia de Chirlehurst en el condado de Kent, dice qué, pensando en él, tuvo una corazonada, recibió una punzada tremenda en su pecho,

⁵⁶KNIGHT, Ian and CASTLE. Ian (1991) *La guerra zulu de 1879. El crepúsculo de una nación guerrera*. Madrid. Ediciones del Prado/Osprey Militar, p. 11.

⁵⁷La primera guerra zulu tuvo lugar entre el 11 de enero al 2 de abril de 1879 hasta las acciones de Eshowe y Tinta's Krag, pero mas que dos guerras zulúes podemos hablar de una primera fase y una segunda, en la segunda es donde tendría lugar la muerte del príncipe, la segunda se extendería desde primeras de bril hasta julio de 1879 y culminaría con la batalla de Ulundi, sometiendo a las tribus zulúes el 4 de julio, Cetyswayo seria hecho prisionero y llevado a Londres.

⁵⁸ROCA, Carlos, (2009) *El último Napoleón*. Madrid. Inédita.

“¡Mi hijo ha muerto!”⁵⁹ exclamó, y efectivamente, unas horas después recibía por telégrafo la muerte del príncipe heredero. Hubo dos hipotéticos proyectos de matrimonio que fracasaron necesariamente, uno venía de la mano de la infanta Matilde, hija de Isabel II, el otro enlace más hipotético hubiese sido con Beatriz, hija de reina emperatriz Victoria, pero no fueron más que esbozos.

De hecho, no hubo proyecto concreto alguno, como si el destino se encargara de borrar toda vinculación de futuro con la vida mundana. Era una derrota, que, aunque se considerase una afrenta a lavar por el ejército inglés, nunca quedaba bien que un ejército moderno, británico, fuese derrotado por unos cuantos negros. Si no habían protegido a un individuo que era todo un símbolo. ¿Fue por descuido? a no ser que no considerasen que tenerle entre sus filas fuese una responsabilidad. Podemos pensar que su muerte, la de un Bonaparte supusiese por el contrario un alivio tanto en el gobierno de su Graciosa Majestad británica como en la presidencia de la III República. La única persona que había sentido su muerte y en la que supuso un gran vacío fue su madre.

Pero, no solo por serlo -se rumoreaba incluso que estaba enamorada de su hijo- sino por lo que representaba.

V. CONCLUSIÓN

Eugenia pasó por estos tres momentos irreparables: la caída del Imperio, la muerte de su hermana, de su marido y de su hijo. En cierta ocasión durante la Gran Guerra, unos zepelines pasaron cerca de su residencia Chislehurst en 1915 y una bomba cayó no muy lejos; ella expuso a su dama de compañía: “Ojalá hubiera caído más cerca y me hubiese matado”. Del mismo modo que Galdós llamó a Isabel II, *La de los tristes destinos* para hablar de su derrocamiento en la revolución de setiembre de 1868, cabe aplicar el mismo apelativo a Eugenia, condesa de Teba, a partir del verano de 1870. Curiosamente, los destinos de ambas monarcas estarían ligados a otro asunto, la cuestión sucesoria a la corona de España, dado que el presidente del gobierno provisional, el general Prim no se decidió, a pesar de su progresismo a proclamar la república y en consecuencia había que renovar la monarquía en una nueva dinasta, sangre más clara y fresca. Esta circunstancia sería de vital trascendencia para el final del imperio francés, por las circunstancias que acarrearían la que llama Javier Rubio, “bomba española”, es decir, al candidatura Hohenzollern para el trono de España.

En este asunto Eugenia tendría una notable participación, al no querer un protestante en el trono de su primera patria ni que se vieran amenazados los intere-

⁵⁹VERLY, Albert (1898) *Souvenirs du Seconde empire. de Notre dame a Zululand*. Paris Libreria Editeur. Oledendorf, p. 280.

ses de la segunda, por razones similares, además de otras circunstancias. Quizá Eugenia fuese el chivo expiatorio que señala Javier Rubio o fue la unión de una realidad existente tergiversada, exagerada por los naturales prejuicios nacionalistas y los resultados negativos. Puede que Eugenia utilizara un poco su condición de conversa, no de renegada, pero si celosa del nuevo papel a asumir, fruto de sus obligaciones.

Un resultado, en definitiva, de su asunción del papel de emperatriz de Francia, que naturalmente combinaba su deber como persona responsable y su rango. ¿Se tomó muy en serio sus funciones o tendió a extralimitarse? Tenía razones muy personales para aspirar al mando: un marido infiel y senil; no era un canalla o un perverso sino un enfermo de escasa voluntad, cuya debilidad hacía que su esposa hechara de menos la energía debida de un líder, de un auténtico Napoleón. Aun cuando se habla del partido en torno suyo favorable a la guerra no se prueban fehacientemente nombres asociados a él. Además nadie, en el gobierno, conoció exactamente el potencial industrial y militar de Prusia.

De manera que, aunque el canciller Bismarck demostrara en 1866 su capacidad de vencer a los austriacos, se encontraba muy arraigada la creencia de que eso no podía ocurrir con Francia, sobre todo porque los franceses ya habían derrotado a los austriacos anteriormente. Sin embargo, Napoleón III no tenía aliados firmes porque tampoco eran naturales, salvo Italia. Eugenia, además, tuvo otro lugar donde proyectar sus anhelos: su hijo. De hecho, pensaba en él como el gran líder que debía tener Francia en defecto de su padre. En el fondo tanto ella como su marido e hijo deseaban resucitar las glorias del viejo I^o imperio, era el sueño de muchos ya no solo dentro de su familia, sino en el seno de un ejército, que era napoleónico de corazón, y aun patrimonio de toda una generación de políticos, además de una población deseosa de gloria romántica, de la *grandeur*, que por lo general derivaba de los grandes hechos militares, pero que no tendrían lugar finalmente.

¿Actuó Eugenia por patriotismo mas que por defender su prestigio personal o eran indisolubles éste y aquel, vistos desde la alta perspectiva de una Corona? Ninguna observación resulta excluyente en este caso, donde se unen todos los factores. Pero sin duda sus fracasos en la política entre 1859 y 1866 son claros, bien porque fracasara bien por que no pudo participar de una forma plena e incidir como ella hubiera querido en la voluntad de su marido. Quizá su orgullo no la permitió abandonarse a las habladurías de la corte, a la que quería ganarse y sobre todo al pueblo. ¿Permitió por ello que su egregio marido fuese enfermo al campo de batalla con su hijo, escondiendo el informe del docto Sée, con objeto de que la causa de la guerra fuese defendida por su marido, convertido en paladín o no había más remedio? Se diría, que todo forma parte de un cuadro romántico,

de una imagen novelesca, como representó a fin de cuentas la propia imagen del II Imperio con la firme conciencia en el destino. ¿Hasta qué punto contó, además, las firmes creencias católicas de Eugenia y de muchos franceses que les llevaron a pensar que Dios no les abandonaría en los campos de batalla?

Las explicaciones de Javier Rubio en defensa de nuestra compatriota y sobre un sin fin de fuentes intentando explicar la conversión de Eugenia en un chivo expiatorio de las circunstancias no parece del todo exacta, porque la emperatriz aspiró a tener cierta participación política y por tanto cabe un porcentaje alto de responsabilidades, sobre todo cuando Eugenia tuvo que saber que su marido no tenía capacidad de mando por los dolores que tenía, montando a caballo y ejercitando como soldado en primera línea, cuando no tenía capacidad para ello a sus sesenta y dos años.

Sin embargo, no se puede atribuir a Eugenia toda la responsabilidad de la guerra de 1870 ni aun una parte esencial cuando se combinan todo un cúmulo de errores que se sumaron en torno suyo, pero sin que ella mediara tampoco, y que corresponden a los subalternos como Gramont, Benedetti, Ollivier y por supuesto a los editores que airearon una prensa inconsciente y sensacionalista pero sin fundamento. Otra cuestión es que, desde el punto de vista historiográfico, se exagera su participación, sus gestos dentro de una literatura política como hace Guy Breton, que sin embargo admite o reconoce sus distintas conversiones en una auténtica princesa, serena en los momentos difíciles, no en los personales donde pudo llegar a perder los papeles, sino en aquellas escenas en las que ella fue consciente como personaje público, en el Consejo, en el Parlamento, como si dominara una situación que tendió a escaparse de sus manos. Luego, existe un buen porcentaje de autores que hablan de sus recuerdos, sus memorias. Maxime Du Camp, Octave Aubry, Du Barril, Albert Berry y en la gente más allegada de su auténtica confianza como Madame Carette o el doctor Thomas Evans ... y donde podemos incluir al futuro jefe de gobierno Paléologue.

BIBLIOGRAFIA.

- AA. VV. *El ocaso del II Imperio. La caída de Napoleón III*. Desperta Ferro. Revista de Historia moderna y contemporánea. n 13, Diciembre (2014).
- AA. VV. *Bismarck contra la III Republica (II)* Desperta Ferro. Revista de Historia moderna y contemporánea, nº 28 (junio 2017)
- AUBRY, Octave (1931) *L'Imperatrice Eugénie*. Paris. Flammarion.
- BOUDON, Jacques. Olivier (Dir) (2016) *La cour impériale sous le Première et le Second Empire*. Paris. SPM.

- BRETON, Guy (1972) *Eugenia y sus sucesoras*. Historias de amor de la Historia de Francia. Barcelona. Ed Bruguera. Tomo X.
- CARETTE, Mdme de, née Bouvet (1889) *Souvenirs intimes de la cour des Tuileries* Paris. Paul Ollendorf Editerus.
- CARTERET, Alian (2013) *La france du second empire*. Paris Napoleón Ier Ed.
- CHAUVEL, Genèvieve (2001) *Eugenia de Montijo*. Barcelona. Planeta-DeAgostini.
- CLARCK, Christopher (2016), *El reino de hierro. Auge y caída de Prusia, 1600-1917*, Madrid, Esfera de los libros.
- DE LANO, Pierre (1891) *Le secret d'm Empire. L'impeatrice Eugénie*. Paris Victor Harvad.
- DU BARRIL (1898) *Mes souvenirs*. Paris. Librairie Plon. 3 Vols.
- DES CARS, Jean (2003) *Eugenia de Montijo. la última emperatriz*. Barcelona. Ariel.
- DU CAMP, Maxime (1949) *La chute du second empire Souvenirs d'un demi siècle et la IIIème republique*. en Souvenirs d'un demi siècle. Tome II. Paris. Hachette.
- DUQUE DE ALBA, *Eugenia de Montijo*. Conferencia dada en la sociedad "The Ark", siendo embajador en Londres. London. 15 de junio de 1941.
- DURIEUX, Joseph (1929) *Le ministre Pierre Magne (1806-1879), d'Après ses lettres et souvenirs*. Vol II Paris. Librairie ancienne Honoré Champion.
- ÉMERIT MARCEL. "L'opinion de Napoléon III sur la question du trône d'Espagne en 1869". *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, tome 16 N°3, Juillet-septembre 1969. pp. 431-438.
- EVANS, Th. Souvenirs. *La fin du second empire. Avec l'Emperue et l'Imperatrice*. Bibliothèque Historique Plon. Paris. s. d.
- FEUCHTWANGER, Edgar (2014). *Bismarck, a political history*, Londres, Routledge.
- FIAUX; Louis (1879) *Guerre civile de 1871. Le gouvernement, l'Assemblée de Versailles, la commune*. Pairs. G Charpentier ed.
- GALLO, Max (2012) *Napoléon III. L'empereur mal-aimée (Ils son fait La France)*. Paris. Le Figaro.
- GOUTTMAN, Alain (2015), *La grande défaite, 1870-1871*, Paris, Éditions Perrin.
- GUÉRARD, Albert (1943) *Napoleon III..* Harvard Press University. Massachussets.
- HOWARD, Michael (1991) *The Franco-Prussian War: The German Invasion of France, 1870-1871*. New York. Macmillan Company.
- KNIGHT, Ian and CASTLE. Ian (1991) *La guerra zulu de 1879. El crepúsculo de una nación guerrera*. Madrid. Ediciones del Prado/Osprey Militar.
- LÉRTHIER, Michel Lhéritier Michel. *Les documents diplomatiques austro-allemands sur les origines de la guerre de 1870-1871*. [Die Rhein politik Kaiser Napoléons III von 1863 bis 1870 und der Ursprung des Krieges von 1870-71] . In: *Revue d'histoire moderne*, tome 2 N°12,1927. pp. 422-448.
- LOLIÉE, Federick, *La vie d'une imperatrice. Eugénie de Montijo*. Paris Librairie Felix Juvent. S. d.
- LUDWIG, Emil (1980). *Bismarck. Historia de un luchador*. Barcelona, Juventud.

- MARTÍNEZ DE OLMEDILLA, Augusto (1958) *Historia anecdótica de la emperatriz Eugenia de Montijo*. Madrid. Aguilar.
- MAUGET, Irénée (1909), *L'imperatrice Eugénie*. Paris. Librairie Oldendorff.
- MÉRIMÉE; Prosper (1874) *Letres a une inconnue..*. Paris, Michel Levy Frères Editeurs.
Avec un étude de Hipolito Taine.
- MICHELET, Máxime (2020) *L'Imperatrice Eugenie. Une vie politique*. Paris. CERF.
- MINISTERIO DE ASUNTOS EXTERIORES (1932) *Origines diplomatiques de la guerre de 1860-71*. Paris. 29 Vols.
- MIQUEL, Pierre (2015). *Le seconde empire*. Paris. Tempus.
- MOLINA, Natacha (1974) *Eugenia de Montijo*. Madrid. Círculo de amigos de la Historia.
- MONTIJO, condesa de TEBA, M^a, Eugenia, *Correspondencia*. Archivo Casa de Alba.
Madrid. Palacio de Liria.
- PALÉOLOGUE. Maurice (1928), *Les entretiens de l'imperatrice Eugénie*. Paris. Librairie Plon, p 3. véase Le Figaro, Mardi 10 de junio de 1928.
- RENOUVIN, Pierre (1990) *Historia de las relaciones internacionales*. Madrid. Akal.
- ROCA, Carlos (2009). *El último Napoleón*. Madrid. Inedita.
- ROTH, François (2000) *La guerre de 1870*. Paris. Fayard.
- ROUX, George (1977) *Napoleón III*. Madrid. Espasa Calpe.
- RUBIO, Javier (1989) *España y la guerra de 1870*. Madrid. Biblioteca Diplomática.
Tomos II y III.
- SMITH, William (1990), *Eugenia de Montijo*. Madrid. Espasa Calpe.
- UNGER, Gérard (2019) *Histoire du second empire*. Paris. Ed Perrin.
- VERLY, Albert (1898), *Souvenirs du seconde empire. De Notre Dame a Zululand*. Paris.
Oldendorff, Editeurs.
- WAWRO, Geoffrey (2005) *The franco-russian war. The German conquest of France in 1870-1871*, Cambridge, T.M.C. Asser Press.
- WEBER, George (1878). *Historia de Europa 1830-1872*. Madrid. Góngora y Compañía
Tomo II.
- WERSCHINGER, Henry *Causes et responsabilités de la guerra franco-allemande 1870-1871*. Paris. Tomo I.